

ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

## Cuentos... ocho

- 1** Editorial  
Escribir para leer para escribir
- 3** Bajo los bosques plateados  
*Luis Fernando Macías Zuluaga*
- 9** El vuelo de la garza  
*Marcela Guiral*
- 12** Palabras sin ningún significado  
*Jacobo Cardona*
- 15** El gallo de Senovia  
*Estefanía Carvajal*
- 24** Carta a la señorita Andrée en París  
*Diana Patricia Díaz Hernández*
- 26** La venganza nuestra de cada día  
*Emilio Alberto Restrepo*
- 30** Cuarenta días y más  
*Sandra Castrillón*
- 36** La tía desobediente  
*Consuelo Posada*
- 39** Programación cultural

Agenda Cultural • Universidad de Antioquia • N.º 326 • Diciembre 2024

Publicación cultural e informativa de la Universidad de Antioquia, fundada en 1995

Presidente del Consejo Superior: Andrés Julián Rendón Cardona,  
Gobernador de Antioquia

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Vicerrectora de Extensión: Ana Lucía Pérez Patiño

Comité Editorial: Lucía Arango Liévano (Directora), Doris Elena Aguirre Grisales (Editora),  
Simón Puerta Domínguez, Marta Alicia Pérez Gómez

Diseño: Luisa Fernanda Bernal Bernal

La información y las opiniones incluidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores. No representan posiciones institucionales de la Revista o de la Universidad de Antioquia.

No está permitida la reproducción total o parcial de los textos o de las imágenes, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los propietarios de los derechos

Agenda Cultural Alma Máter Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia. Calle 70 N.º 52-72, Piso 6.º

Teléfono: (57) 604 219 51 75. Medellín, Colombia.

<http://agendacultural.udea.edu.co>

Correo electrónico: [comunicacionsexensioncultural@udea.edu.co](mailto:comunicacionsexensioncultural@udea.edu.co)

La Agenda Cultural Alma Máter es una revista universitaria, cultural e informativa de distribución gratuita y circulación mensual

## Escribir para leer para escribir

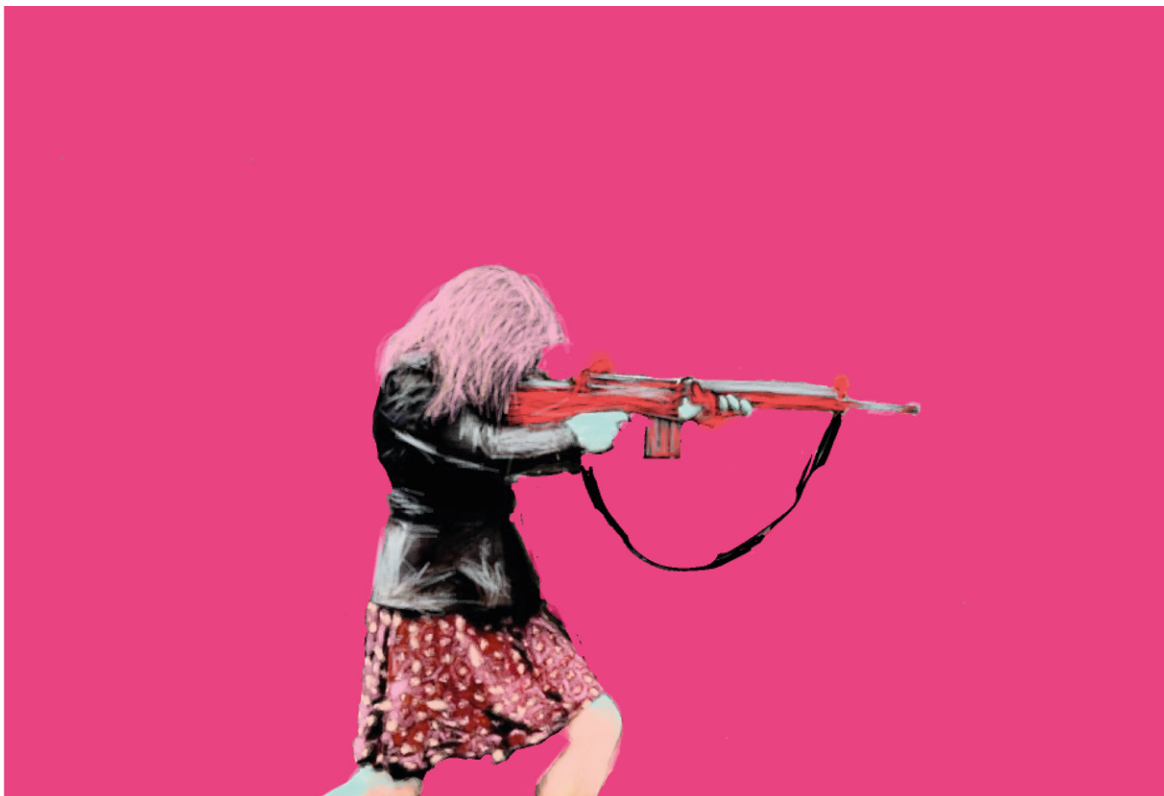


ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

*Ante nuestra conciencia se presentan dos misterios inasibles: la realidad y la ficción. Entre uno y otro, no nos es posible saber cuál de los dos es el más verdadero. La verdad está muy por encima de ambos misterios y de nuestro alcance.*

*“Bajo los bosques plateados”, Luis Fernando Macías Zuluaga*

Bien por la época, bien por las actividades que nos ocupan, pero también por las libertades en el tiempo que nos permitimos, en este mes de diciembre la *Agenda Cultural* busca entregar a sus lectores un contenido literario que, fiel a su esencia como revista, proponga una línea de agrupación, una cierta mirada.



ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

En este caso, quisimos invitar a ocho escritores (de muchos) cultores de un género literario, el cuento, escritores que han sido, fueron o son de la Universidad de Antioquia. Un gesto adicional para redundar en la gratitud con el Alma Máter.

Entre la realidad y la ficción, como lo dice el narrador de “Bajo los bosques plateados”, cuento de Luis Fernando Macías incluido en esta selección, pareciera debatirse la narrativa por estos tiempos de cuenta de un término vago, de lo universal: la autoficción, pero también de cuenta de la ampliación de las fronteras (o su desaparición) de los géneros estilísticos y literarios, de las figuras de autores, narradores y personajes, del concepto mismo del libro.

Esta selección en la *Agenda Cultural* nos permite ingresar a universos narrativos distintos, a ficciones diferentes y a voces narradoras distinguibles, a lugares y tiempos que nos proporcionan el solaz del que habla Vivian Gornick en *Cuentas pendientes: reflexiones de una lectora reincidente*, cuando dice que “lo que procura la lectura es un alivio puro y duro del caos mental. A veces creo que me infunde por sí sola valor para vivir, y lo ha hecho desde mi más tierna infancia”.

Que sea pues un cierre de año para ampliar nuestras fabulaciones personales con Luis Fernando Macías Zuluaga, Marcela Guiral, Jacobo Cardona, Estefanía Carvajal, Diana Patricia Díaz Hernández, Emilio Alberto Restrepo, Sandra Castrillón y Consuelo Posada y con la sorprendente obra de Rodrigo Mora, un narrador con palabras, un relator artista con imágenes.

# Bajo los bosques plateados

Luis Fernando Macías Zuluaga

*La única posibilidad que tenemos de ofrecer una conciencia del ser es esta vida en la que confluyen cuerpo, mente y espíritu.*

*A Juan Armando Rojas Joo,  
Jennifer Rathbun, Carlos Aguasaco  
y Carolina Zamudio*

Eran las seis y cuarenta y cuatro minutos de la tarde cuando el murciélago entró en el auditorio del aula magna, en Ohio Wesleyan University. Yo había empezado a leer, tercero en el orden, a las seis y treinta y ocho. Según el protocolo, se leía el poema en español, seguido de la versión en inglés. Leí “Esperanza”, después “Mercedes” y, en el momento en que inicié la lectura de “Elegía múltiple”, apareció.

Hubiera sido lógico que me asustara o que me perturbara, puesto que entró justo en frente mío, por la ventana del fondo del auditorio, a mi derecha; pero en vez de temor o preocupación sentí una rara alegría, algo así como una sensación de libertad y satisfacción ante el cumplimiento de un deber sagrado.

Por la hora, supe que no era un pájaro. Llegó raudo, volando por el fondo hacia su derecha, después hacia el frente y hacia su izquierda, pasando sobre nuestras cabezas (la de la mujer que leía en inglés y la mía), hasta el rincón, desde donde cruzó el auditorio.

Estos son los versos que estaba leyendo en el instante en que ingresó al salón: *El*

*Sagrado Corazón de Jesús atravesó el vidrio de la ventana / para anunciarle a Mercedes que había venido por ella... Aunque me había invadido una rara felicidad por el acontecimiento, tuve el valor de esperar a que el animal diera dos o tres vueltas sobre el coro de miradas, cuya unanimidad era extrañeza, así cada una expresara un matiz diferente de la sorpresa, desde el terror hasta el simple desconcierto.*

Cuando se hubo detenido en alguna de las vigas del techo, continué hasta terminar la lectura, sin el convencimiento de que me estuvieran escuchando. Vino entonces mi compañera a leer en inglés. A la felicidad que tenía, su voz agregó esa sensación de plenitud que nos produce la belleza. Era una voz redonda de mujer sensual que a la vez pronunciaba los versos con delicada entonación y articulación perfecta.

El público, en su mayoría estudiantes de la universidad, se había compenetrado con ella y con su lectura. En inglés captaban mucho mejor el sentido del poema, pero cuando ella leyó: *Esperanza migrated towards the North, like birds who seek the illusion of a lake in the deicing, / but their wings didn't find relief in returning, and their ashes get frozen each winter... (Esperanza emigró hacia el norte como las aves que buscan la ilusión de un lago en el deshielo, / pero sus alas no encontraron el alivio del regreso y sus cenizas se congelan cada invierno...)*, justo en ese momento el murciélago emprendió de nuevo su sobrevuelo, hasta cuando encontró la ventana de salida y se fue.

Al regresar a la mesa junto a mis compañeros, había perdido todo contacto con lo que seguía sucediendo en el recinto. No era lógico que un murciélago pasara de la oscuridad del campo a un ámbito iluminado, pues para ellos la luz es un estorbo táctil. Su mundo es la oscuridad y su orientación, un radar natural. Desde un punto de vista lógico, el murciélago tenía que estar perdido o fuera de sus cabales. Luego, si entró, contradiciendo su naturaleza, el hecho debe tener una explicación: ¿Por qué vino justo en ese preciso instante y por qué no sentí ningún tipo de temor o aprehensión ante su presencia? ¿Por qué se detuvo después de los versos que correspondían a Mercedes en la “Elegía múltiple” y por qué volvió a volar en el instante en que ella leía los de Esperanza?

4 La primera luz que se me ocurrió para responderme estas preguntas fue reconocer que no tenía por qué estar leyendo esos poemas allí, ya que mi intención al viajar a Estados Unidos ese otoño había sido leer únicamente los poemas de *El libro de las paradojas*, y así lo había hecho en todas las lecturas del festival de Nueva York. La idea de leer una secuencia de poemas de *Del barrio las vecinas* había surgido allí, en Ohio, al comienzo de esa tarde, durante una de las lecturas que hicimos en la clase de Juan Armando Rojas Joo, nuestro anfitrión en Delaware, cuando uno de nosotros contó la historia de su infancia en un barrio de Bogotá, treinta años atrás. “Esta noche leeré los tres poemas que resumen la historia de Esperanza y Mercedes”, me dije.

*Del barrio las vecinas* lo escribí entre 1979 y 1980. El 11 de abril del 79 terminé de escribir una novela en la que había trabajado desde el 6 de marzo anterior. El escenario

de los acontecimientos estaba definido por algunos barrios de la comuna centro oriental de Medellín, especialmente La Milagrosa y, en este, nuestra casa. El narrador de la obra era un muchacho refugiado, en la primera persona de la empleada del servicio. Mientras escribía, estaba convencido de que los hechos referidos eran verdad absoluta, pero en el desarrollo mismo del trabajo descubrí que una cosa es la realidad y otra muy distinta nuestra visión o nuestra memoria de ella; por mucho que intentemos serle fieles, nunca lo podremos conseguir. Ante nuestra conciencia se presentan dos misterios inasibles: la realidad y la ficción. Entre uno y otro, no nos es posible saber cuál de los dos es el más verdadero. La verdad está muy por encima de ambos misterios y de nuestro alcance.

Como uno de los personajes más importantes de la novela era Mercedes, a quien la protagonista llamaba doña Mechas, surgió en mí la idea de un segundo libro: una colección de poemas en los que el lector pudiera percibir una voz constante, en medio de múltiples voces femeninas que constituirían un coro de mujeres, cada una cantando la suma de su ser en un fragmento. Las escogidas para este propósito fueron las amigas de Mercedes; es decir, la generación de las ancianas y mujeres adultas del barrio. Un asunto esencial en la vida de aquella cuyo nombre le daría título al poema —o una síntesis del hecho más trascendente de su existencia desde el punto de vista del muchacho cuya voz sería la voz poética del libro— definiría el tema de los capítulos, cada uno de los cuales habría de ser un poema. Mientras escribía comprendí que la voz poética es una entidad que corresponde al mundo de la ficción, aunque anhele la realidad.



ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

Después del recital fuimos a una comida que ofrecía el comité de representantes estudiantiles en el sótano que les servía de sede para sus reuniones: tortillas, queso, lechugas, pico de gallo, guacamole, crema agria, maíces tiernos, carne al pastor, nachos y frijoles refritos. Durante la comida, todos departían en grupos de agradables conversaciones y los jóvenes bailaban haciendo coreografías medio conocidas, medio improvisadas, en tanto que yo no dejaba de pensar en lo que podría significar la visita que había recibido durante la lectura.

El festival se clausuró al día siguiente en el recital de la noche. Después hubo una comida en un restaurante del pueblo, donde nos despedimos para regresar a Nueva York, la mañana del 10 de octubre, con el vivo recuerdo de los arces dorados, las ceibas y los abetos del campus universitario.

Si quería encontrar respuesta a algunas de las preguntas, debía indagar en mi memoria lo que allí se conservaba de las historias de Esperanza y Mercedes en relación con el libro en el que mi intuición las había reunido treinta y ocho años atrás. Mercedes,

mi madre, nació en el Carmen de Viboral un 27 de septiembre de 1914. Siempre quiso hacernos creer que había un error en el registro de su partida de bautismo, porque en verdad ella había nacido en el 16; pero cuando se acercaba su último cumpleaños, el número ochenta, reconoció que sí había nacido en el 14. Cuando tenía diez años, murió su padre, el abuelo Marco Tulio. Entonces los hijos varones, que eran siete, cuyas edades oscilaban entre los ocho y los veinticinco años, abandonaron la casa, incluido Lucas, el menor, de modo que quedaron las dos mujeres solas. La abuela Fernanda, al ver que no podría atender el cultivo de la tierra con la única compañía de su nieta, decidió irse. En un principio fueron a Cocorná, donde recibieron posada en las casas de algunos familiares hasta agotar ese recurso. Fue entonces cuando decidieron viajar a Medellín.

Por la época en que llegaron, Esperanza, que era unos años mayor que Mercedes, estaba a punto de casarse con Maximiliano, con quien había fundado una talabartería en La Milagrosa. Como Mercedes sabía tejer sombreros con fibra de caña, le dieron trabajo en la talabartería y allí empezaron una nueva vida, signada por el nombre de la mayor de las dos que, en adelante, irían a ser grandes amigas, algo así como mucho más que hermanas. Cuando nacieron las hijas mayores de Esperanza, Mercedes fue la madrina y, más tarde, cuando nacieron las hijas de Mercedes, la madrina fue Esperanza, de modo que las dos familias crecieron como si fueran una.

Corría la década de los años sesenta cuando Carlota, la hija mayor de Esperanza, emigró a Augusta, en Maine. Era la mejor época del sueño americano. Detrás de Carlota se fueron en fila, Luz, Gilma, Nelly... Y, cuando

murió Maximiliano, las hijas quisieron llevarse a la madre.

No llevaba más de dos años en su nueva morada, cuando empezó a escribirle a Mercedes con la ilusión de que al menos fuera a visitarla. Las cartas iban y venían expresando el anhelo mutuo de volverse a reunir. En nuestra casa habían muerto los tíos, mi padre y mi hermano Rafael. Los demás se habían casado, menos Fabio y yo. El tema de conversación más recurrente de Mercedes después de los números ganadores de la lotería era la pregunta de cómo hacer las vueltas para conseguir la visa americana para irse a visitar a su amiga.

Cada año, por la época de Navidad, Esperanza escribía largas postales hablándole a Mercedes de la nieve y del intenso frío del invierno en la región. “¡Cómo gozaríamos, querida amiga, caminando juntas entre los bosques!”, le decía en sus notas. Y mi madre suspiraba. Ese anhelo nunca se cumplió. Ignoro las razones. Hasta 1980, año en que me fui de la casa a iniciar mi propia vida familiar, parecía que ese sueño pronto iría a cumplirse. Pero pasaron los años y nunca se dio. Seguramente las cartas y las postales siguieron llegando a la casa hasta el día en que fueron reemplazadas por las noticias de la enfermedad y la muerte de Esperanza.

Cuando esto sucedió, retomé el libro que yacía olvidado en un cajón de mi biblioteca y reescribí el poema de Esperanza a la luz de esta historia. Es curioso, pero al realizar la tarea ignoraba la profundidad de los sentimientos que unían a estas dos mujeres. Tan solo vagamente logré formularme la dimensión de la tristeza de Mercedes al saber que su amiga había muerto sin alcanzar el paliativo de una despedida física





ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

entre las dos. No obstante, mi intuición logró vislumbrar la imagen de las cenizas de Esperanza, congelándose cada invierno, bajo los bosques plateados de un cementerio en Augusta.

Durante el viaje de regreso, y ya en las clases, no dejaba de repasar estas imágenes en mi memoria, hasta el punto de que ocho días después, mientras esperábamos a los alumnos del taller de los jueves, no pude contenerme y les conté a los tres que ya habían llegado la historia de la visita del murciélago en medio del recital. “No he podido saber qué significa ese hecho”, les dije. Entonces una de ellas, la de cabello intensamente blanco con un mechón casi púrpura a manera de cresta, replicó: “Busquemos qué significa el murciélago como símbolo”, e inmediatamente escribió la palabra en el teléfono y esto fue lo que leyó:

El murciélago es el único mamífero que vuela. Medio ratón medio pájaro es un animal

extraño, nocturno, capaz de guiarse por los sonidos.

En China, los murciélagos son un símbolo de la felicidad y el provecho. La misma palabra “fu” significa a la vez felicidad y murciélago. Allí lo asocian al número cinco. Cinco murciélagos son un amuleto famoso que representa los cinco elementos que componen la felicidad y que son: salud, riqueza, larga vida, buena suerte y tranquilidad, sobre un fondo rojo que significa para ellos la alegría.

El murciélago es un tótem poderoso. Animal de poder de brujos y chamanes. La gente le tiene miedo, temor, asco... aunque es innegable que es un animal de gran belleza.

La palabra clave de este tótem es: renacimiento. El hecho de vivir en cavernas y en la más profunda oscuridad hace que, simbólicamente, se le relacione con la muerte y el renacimiento.

Todos los rituales de iniciación, desde la antigua Grecia, pasando por los Mayas, y por los pueblos que habitaron nuestra Tierra

del Fuego, incluían el pasaje de la muerte y la resurrección del guerrero. Antes de ser declarado adulto, antes de ser un ya iniciado, el sujeto debía morir simbólicamente y resucitar.

La muerte se refiere a dejar el viejo “yo”, las mañas inadecuadas e infantiles, la querida neurosis, y salir de la caverna y la oscuridad convertido en un nuevo ser, en un adulto.

Por eso Cristo estuvo en una caverna y resucitó al tercer día. Los guerreros eran enterrados, o encerrados en una cueva, o debían sobrevivir a una dura prueba, donde la posibilidad de morir era real.

Si transitas en estado de murciélago en estos días, la muerte y la oscuridad se presentaron de improviso. Lo peor y lo mejor de nosotros apareció. Debemos pasar la prueba y renacer al final del proceso. Entender qué nos pasó, cuáles son nuestras prioridades, en qué nos hemos equivocado a lo largo de estos años.

El murciélago como tótem, te enfrenta a un período lleno de pruebas y desafíos que deberás sortear. Toma conciencia de que este pertenece a un proceso de cambio global, y que la posibilidad de dejar la vieja piel detrás es real.

Es un gran y poderoso tótem para aquellos con inquietudes espirituales y místicas o que buscan la clarividencia, los poderes psíquicos y que quieren experimentar otros niveles de percepción.

Confieso que escuché esta lectura con una emoción tan viva, que en un principio no entendí nada o casi nada. Después, en la tranquilidad de mi escritorio, abrí la página de internet para volver a leer y, todavía sin entender, busqué algunas páginas más, de las cuales pude sacar en claro que el murciélago es símbolo de la comunicación en muchas culturas y, en unas pocas, muy antiguas, de la comunicación con el

inframundo; esto es, el inconsciente y los muertos.

“¡Eso es, pensé, la comunicación con los muertos!”.

Según eso, mi tarea era reunir a las dos amigas que habían muerto sin poderse despedir.

Con mis poemas, estaba trazando un puente entre la vida y la muerte, entre sus momentos finales y el presente sanador de un mensaje de amor más allá de la vida y de la muerte.

Hago este relato como la formulación de la continuidad de mi pregunta: ¿Qué tanto hay de verdadero en el tejido de una ficción literaria?

Dejo ahí los hechos, dejo las preguntas. Soy consciente de que carezco de la más mínima autoridad para ensayar una respuesta. “Un hombre que ve agua en un espejismo intentará beberla, mientras otro que no ve nada allí sino un desierto no se inclinará sin duda (a beber). De la misma manera, quien ve la verdad del ámbito del Ser no correrá tras las cosas que se pueden conseguir... ya que son como espejismos, objetos de la visión del ignorante” (Comentario de Sánkara al IV, 4, 22 de *Upanisad*).

Diciembre de 2017

**Luis Fernando Macías Zuluaga** es narrador, poeta, ensayista y editor. Profesor de literatura de la Universidad de Antioquia, dirige el taller de escritores de la División de Cultura y Patrimonio de la misma universidad. Ha publicado, entre otros, los libros: *Amada está lavando*, *Ganzúa*, *Del barrio las vecinas*, *El juego como método para la enseñanza de la literatura a niños y jóvenes*, *El jardín de origen*, *Eugenia en las sombras*, *La expresión poética* y *Las muertes de Jung*.

# El vuelo de la garza

Marcela Guiral

Marthita sabe del niño que no tiene padres, al que todos tratan de tonto. El que pasa por su casa, con una sola chancleta color mostaza y el otro pie descalzo. Y la mira cada tarde con sus ojos redondísimos, negros y brillantes, como los carbones del fogón.

Marthita sabe de las garzas. Sus graznidos la despiertan cada mañana. Desde el corredor ve cómo se preparan para el vuelo: baten las alas lentamente, llevan el cuello curvado en forma de S hacia atrás, la cabeza y el pico sobresalen del cuerpo, y las patas, extendidas, sobrepasan la cola.

— ¡Hola, Marthita!

Es el niño bobo. Lo ve por la ventana que da frente al mar. Ese mar en el que tampoco ha nadado. Las piernas malcriadas no se mueven. Nunca se han movido.

Él le sonrío y hace piruetas para complacerla. A ella el estómago le salta. Su interior es un festejo. Ella también sonrío y con esto lo hace feliz. Ahora él se prepara para el vuelo: bate las manos lentamente. El cuello curvado en forma de S hacia atrás, la cabeza y la boca sobresalen del cuerpo. Las piernas, extendidas...

Miguel, el niño bobo, tiene el pecho desnudo. Sus piernas son delgadas, como de garza.

El niño huérfano se cree animal. Unos días es un perro y ladra como loco. La gente

le grita y le tira piedras para que se calle. Otros, cacarea como gallina y picotea por los jardines de las casas. Desde que sabe que a Marthita le gustan las garzas asegura poder volar y graznar. Corre con los brazos extendidos, curvado, la cabeza y la boca sobresalen del cuerpo. Las piernas, extendidas hacia atrás...

Si lo hace rápido, a Marthita le parece que se eleva como una garza en cacería.

— ¡Hola, Marthita!

A Miguel, el niño bobo, le ha dado por subir al cerro a toda velocidad. Hunde los pies en el pasto, hincha los pulmones, extiende los brazos y las piernas, curva el cuello, y suelta un graznido. En la cúspide, a punto de acabarse la montaña, se detiene.

Marthita ve la silueta del niño de las piernas largas en el horizonte. Sueña que es una garza enorme y que la lleva colgando del pico, lejos de su encierro. Que le enseña a caminar, a saltar, a nadar, a volar... Sonríe.

Días después, Marthita se enferma. Ni las piernas ni la cintura responden. Las ventanas y puertas están cerradas. No ha vuelto a ver las garzas ni al niño bobo, que tanto la alegra. En el pueblo no hay doctor, solo uno que va a Miratt, en el autobús, una vez al mes. Y ni todo el dinero de sus padres consigue que vaya un especialista hasta el lejano lugar para ver qué tiene.

Todo es triste.



ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

Miguel se acuesta en la playa y mira hacia la casa de Marthita. Y le canta, tratando de imitar los graznidos. Cree que lo escucha. Y ella lo escucha. Y mete las piernas flacas en el agua, solo las piernas, para sentir cómo el agua salada corre por sus dedos.

Él, al igual que Marthita, no sabe nadar.

Ni volar.

El sol lo apereza y esta vez el graznido suena apagado.

Se queda dormido.

El niño bobo sueña. Se ve como una enorme ave que se posa en el copo de un pino y las alas le crecen hasta cubrir el árbol y volverse una sombra. Desea con el alma ser una garza. Así, tal vez, no estaría tan solo.

En la casa, doña Clemencia, la madre de Marthita, llora su mala suerte. Piensa que una hija inválida es un castigo enorme que no merece. Mientras tanto, Hanu, una joven del pueblo, le hace masajes en las piernas a

la niña y le cuenta historias de princesas y piratas.

— Es la tristeza la que te hace enfermar, pequeña — asegura Hanu —. — Deberías ir a la escuela como todos los niños y salir a jugar.

— ¡No le digas esas barbaridades a Martha, jovencita! — grita doña Clemencia, que en ese momento entra a la habitación. Dice esto con el ceño fruncido y oteando por sobre sus lentes y con una camándula en las manos. — Son puras majaderías. ¡Vete de acá!

A la mañana siguiente, Marthita se siente mejor. Desea ver las garzas y al niño bobo. Su madre, después de muchas súplicas, le permite salir al corredor.

— ¡Hola, Marthita!

Allí está, como cada día, esperándola con un mango maduro de regalo.

Miguel se ha creído el sueño.

Es una garza y se prepara para el vuelo: los brazos extendidos, el cuello curvado, la cabeza y la boca sobresalen del cuerpo y las piernas, hacia atrás. Marthita se siente contenta, piensa que es la garza más enorme y que viene a su rescate.

Miguel corre por el cerro, corre con fuerza. Es una garza. Siente que se eleva. Emite un graznido.

— Soy una garza, Marthita... — dice, y grazna de nuevo —: Soy una garza, Marthita...

Está a punto de acabarse la montaña y Marthita siente miedo, mucho miedo, porque se da cuenta de que, esta vez, el niño bobo no parará. Y el abismo está cerca.

— ¡Mira, Marthita!

Ella quiere correr y detenerlo. Con sus manos, ayuda a cada pierna a estar en el piso mal empedrado. Pero las piernas malcriadas y orgullosas no se mueven. Nunca se han movido.

Cae al suelo.

Miguel sigue corriendo. No para.

— ¡Soy una garza, Marthita!

La montaña acaba.

Marthita lo mira desde el suelo. Todo le duele, en especial, el alma. Tiene miedo.

— ¡Soy una garza, Marthita!

Miguel se pierde en el horizonte.

En el cerro queda una chancla plástica, color mostaza, cubierta de arena.

Él, al igual que Marthita, no sabe nadar.

Ni volar.

**Marcela Guiral.** Bibliotecóloga y magíster en Educación Superior en Salud de la Universidad de Antioquia, donde se desempeña como docente, ha publicado, entre otros, los libros *¡Mira lo que trajo el mar!*, *Las mensajeras del ruiseñor*, *A mediodía llovían pájaros* y *Este legado de alas*.

El cuento "El vuelo de la garza" hace parte de la obra *¡Mira lo que trajo el mar!*

Autora: Marcela Guiral

©Panamericana Editorial Ltda.

Calle 12 N.º 34-30, Bogotá D.C. – Colombia  
Tels. (57) 601 3649000

# Palabras sin ningún significado

Jacobo Cardona

De inmediato recordé esa película de los noventa, *Belleza americana*, en la que el adolescente *freaky* graba con una cámara de video una bolsa arrastrada por el viento y le suelta ese discursito pretencioso sobre la poesía de lo cotidiano a la chica de la belleza interior, la amiga de la rubia, la que sí valía la pena. Eso fue cuando noté la bolsa flotando a unos cuantos metros de donde me encontraba, en las bancas de madera frente al Parlamento. Una bolsa normal, plástica, blanca y arrugada, sin logotipos. Al principio, preocupado como estaba por mi situación, no le presté mucha atención, pero después de un largo rato y trece nuevos mensajes enviados al WhatsApp de Irén que tampoco fueron leídos, me percaté de que la bolsa seguía flotando en el mismo punto. La observé, esta vez con mucho cuidado y, efectivamente, tal como sospechaba, la bolsa no caía en ningún momento al suelo. Miré alrededor, a la gente, pero nadie parecía notarlo. Lo curioso es que no soplaban el viento, las hojas secas que cubrían el sendero peatonal permanecían inmóviles, a lo sumo, el empaque de una golosina era arrastrado trabajosamente unos cuantos milímetros por encima de la calle, y las mujeres de pelo largo solo se llevaban la mano a la cabeza para apartar un delgado flequillo del ojo, mientras seguían estupendamente peinadas. Decidí irme de allí. La situación, que ya era bastante agobiante, parecía tomar un giro que no estaba dispuesto a enfrentar. Llevaba cuatro días en Budapest, yendo de un lugar a otro y sin entender ni una sola palabra del húngaro, tratando de localizar a Irén, una traductora que había conocido por Internet y

que, al parecer, se había esfumado de la ciudad, qué digo de la ciudad, del planeta, pues no había rastro de ella en Facebook, ni en Instagram, ni en WhatsApp. Tampoco contestaba los e-mails. Y yo se lo había advertido, la próxima semana iré a tu país, y ella me contestaba, coqueta, estás bromeando, loquillo, y yo le decía que no, que era cierto, y ella me respondía con la imagen del corazón que vibra, o sea que algo había entendido. ¿Tendría problemas, se le habría muerto la madre, se habría caído en un hueco o algo? Tomé el tranvía allí mismo, sin rumbo fijo. Lo importante en aquel momento era sacarme la imagen de la bolsa en el aire. Pero las imágenes truculentas son difíciles de erradicar, entre más voluntad se ponga en ello, con más empeño te acosan, igual que el rencor. Como ejercicio mental, venía pensando en los pechos de Irén —los conozco más o menos bien porque ella me había enviado una preciosa foto donde aparecía con el rostro emborronado por los vapores impregnados en el espejo y las tetas blanquísimas rociadas de pecas—, cuando en un cruce de línea la vi aparecer junto a mi ventanilla. No a Irén, sino a la bolsa. Volaba a unos pocos metros del vagón, zarandeada por el viento, con la boca abierta, una O diabólica. En ese momento traté de conservar la serenidad, tal vez había visto mal, pero tras un detallado examen, concluí que efectivamente era la misma bolsa. No sé por qué se me ocurrió que hallar una bolsa diferente, de otro tamaño y color, con la marca de una tienda de zapatos o de un supermercado, me tranquilizaría, tal vez fue como respuesta al tremendo frío que petrificaba mi nariz, al hecho

de que Irén no contestara o que no intentara llamarme o enviarme más fotos. Mientras el tranvía circulaba, la podía ver aparecer y desaparecer, momentáneamente, a través de la ventanilla que estaba frente a mi asiento, incluso, cuando el vagón se detuvo por un cambio de luces, la bolsa también lo hizo, manteniendo, claro está, una prudente distancia de la ventana, de mi ventana, sin obstaculizar el paso de los otros vehículos. Intentando percibir algún gesto de escepticismo o curiosidad, observé a la gente, pero todos estaban absortos en sus propias cosas, durmiendo, mirando al suelo como tontos. Al menos nadie sospechaba que la bolsa, definitivamente, me estaba siguiendo. Cuando el vagón continuó la marcha, la bolsa también lo hizo, aunque en ocasiones se retrasaba bastante. Durante cierto tramo, paralelo al Danubio, pensé que la había perdido. Por casi quince minutos me mantuve ajeno a su rastro. Supuse que el asunto había sido un malentendido, que había mirado mal y que por el cansancio me encontraba impedido para coordinar las ideas, hasta que ocurrió lo peor. Cuando el vagón se detuvo en una estación, imposible recordar cuál era, y menos con esos endemoniados nombres húngaros, la bolsa entró volando al coche junto a uno de los pasajeros. La vi girando en una danza macabra hacia mí, en un movimiento epiléptico de contracción y expansión con el que parecía poder tragarse todo alrededor. Sin pensarlo, salté del tranvía y corrí tan rápido como mis fuerzas me lo permitieron, sin mirar atrás, evitando ágilmente a los peatones y los carros que se me atravesaban, zigzagueando, como vi en una película, para confundir al perseguidor. Me escabullí por callejones, andenes y avenidas en medio de los gritos, pitos y maldiciones que afortunadamente fui incapaz de comprender, pues no hubiera soportado que alguien tratara mal a mi madre, que no se merecía ningún



ErreMora (Morata). Pintura digital.  
[https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

insulto por cuenta de los problemas de su hijo. Cuando me detuve, sin aire y con el corazón como un motor a punto de reventar, me di cuenta, como las veintiocho veces anteriores desde que llegué al país, de que no sabía dónde estaba. Por lo pronto, ningún indicio de la bolsa a varios metros a la redonda, así que entré a un bar a descansar. Y aunque era un bar, fue toda una odisea lograr que el camarero me sirviera una cerveza. La tarde se derramaba por el amplio ventanal que se abatía sobre mi mesa. Dos parroquianos sentados en la barra bebían un extraño elixir verde oscuro en copas largas y delgadas como dedos, y aunque estaban juntos, ninguno pronunciaba palabra. Los minutos pasaron y a la tercera cerveza sentí que las cosas volvían a su cauce. Le escribí nuevamente a Irén. Le advertí que en dos días me marcharía de Budapest. Tal vez fui un poco severo, pero a veces era necesario hacer gala de mi robusto e insobornable carácter. Mientras caía en un estado de somnolencia, mi mente se afanaba por hallar la palabra húngara con la cual se nombra la

sensación de sentirse solo en el bosque. Mientras me dejaba arrullar por el sueño sentí de repente una espasmódica variación de la luz. Levanté la cabeza, vi a los hombres en la barra exactamente como los había visto la primera vez y luego giré la cabeza hacia el ventanal. Y allí estaba. A escasos dos centímetros del vidrio, moviéndose de arriba abajo como si me invitara a un paseo. Sacudí la mesa y tres botellas cayeron al suelo, solo el camarero se dignó a echarme un vistazo. Intuí en él cierta simpatía y con la mirada lo invité a que observara lo que mi dedo señalaba. Movié los hombros y siguió organizando algunos vasos. *Look!*, grité. El camarero me clavó los ojos, ahora con sospecha. Me le acerqué, y le pedí con señas uno de los tragos que tomaban los dos hombres de la barra. Tardó más de tres minutos en entenderme. El trago era amargo y un tris mentolado. Calentó mi sangre. Luego le pregunté en español y en inglés cuánto le debía. Al final tuve que calcular el saldo. Pagué. Salí a la calle, dispuesto a enfrentarla, a asumir el riesgo que supone encarar una bolsa de ese estilo, pero el maldito engendro ya no estaba. Caminé hasta Oktogon, la estación del metro, siempre atento a los movimientos tras mi espalda para que no me tomara de nuevo por sorpresa. Solo deseaba la cama del cuchitril donde pasaría la noche. Caminé por un largo pasillo, un tubo cubierto de mosaicos multicolores y con olor a zorro disecado, y cuando me encontraba a punto de hacer un giro que me llevaría hasta la plataforma, la bolsa se materializó frente a mí con su enorme boca abierta. Sentí que la más ruinosa maldad se cernería sobre mi paupérrima humanidad. Al fondo de aquella entidad alcancé a vislumbrar un legado indescriptible de hondas tiranías. Su bamboleo en el mismo eje, las estrías resonantes de un pasado infame, su letargo indómito, solo convocaban al más cruel de los destinos. Empecé a sudar,

derrotado, cuando una anciana con un ramo de flores en la mano alzó la mano y con naturalidad agarró la bolsa flotante, la sacudió con fuerza varias veces, como si azotara espectros —el ruido proferido por el plástico al frotar el aire me heló todos los huesos—, la sopló y echó en su interior las flores, en un acto de lo más risible. La seguí con la mirada hasta que se perdió en las escaleras que la conducían a la calle. Yo seguía temblando y, aunque escuché la llegada del tren a la plataforma, no podía moverme. La gente apareció poco a poco vomitada por el gran gusano y, como si despertara de un terrible sueño, empecé a sentir en carne viva la materialidad de las cosas más insignificantes, su aspereza y tibieza, lo diáfano y lo dulce. Era como un alumbramiento. La realidad me hería, palpitaba, y yo dejaba de ser una simple sombra bidimensional en una pared blanca y opaca. Movido por una energía renovada corrí hacia el tren y logré entrar justo cuando las puertas se cerraban. El vagón estaba casi vacío, como mi espíritu. Por primera vez me sentí como un turista que disfruta su viaje en el extranjero y casi que lamenté tener que tomar un vuelo de regreso. Sonreí, así que este es el segundo metro subterráneo más antiguo del mundo, me dije satisfecho. De pronto, el celular recibió las señales de un llamado pospuesto, lo saqué del bolsillo, el aparato sonaba como las campanas del cielo. Un número local aparecía en la pantalla, las cosas parecían mejorar. Contesté y era ella. La bolsa.

**Jacobo Cardona Echeverri** es antropólogo de la Universidad de Antioquia, magíster en Estética de la Universidad Nacional de Colombia y escritor. Ha publicado, entre otros, los libros *Medellín City Punk: poesía*, *Historia natural de los objetos insignificantes*, *Las vidas posibles* y *El último reino*.



# El gallo de Senovia

Estefanía Carvajal

Este era un gallo de ciudad y por eso cantaba a deshoras. El piloto tenía la mala suerte de escucharlo cada vez que llegaba a la casa de su novia a echarse un sueño después de un viaje largo. Más que la proximidad del día, el ave anunciaba el paso del tiempo a un ritmo propio, irreverente, sin sentido.

La primera vez que lo escucharon cantó a las cuatro de la mañana, cuando el piloto por fin había logrado conciliar un sueño liviano y resentido por el *jet lag* de un vuelo desde Europa.

— ¡Kriiiiiiiiiiiii kiiiiirikiiiiiiiiiii! — escucharon de nuevo a las seis. Luego a las ocho. Después a las once, mientras comían panqueques con miel de maple de *Aunt Jemima*, como las familias gringas de las películas domingueras.

— ¿Cuándo compraron gallo estos hijueputas?

— Callá esa boca, que aquí está el niño.

Un hijo de ocho años tenía la pareja. Ojos azules, lo más de bonitos. Cara blanquita, pelito ondulado, nariz pulida, puesta con gracia en la mitad de su rostro como un copito de terciopelo: igualito al papá.

— Parece un cucú dañado — rugió el padre.

Los nuevos vecinos habían llegado un mes atrás, y con su mudanza estrepitosa anunciaron el caos que se avecinaba. Se trastearon ellos mismos en un camión pequeño

que usualmente les servía para ganarse la vida distribuyendo productos lácteos en las tiendas y graneros de los barrios del norte. Desde la ventana de la cocina, que era más discreta que el balcón, Lourdes contó veinte personas de todas las edades, incluyendo a una vieja, a varios niños y a una mujer con síndrome de Down.

El camión llegó atiborrado de cachivaches hasta el techo unas cuatro o cinco veces, y cada vez lo descargaron con más desidia y torpeza, llenando poco a poco el espacio del parqueadero de ellos, y luego, también, el del piloto, que debía de estar llegando en la madrugada.

Al caer la noche, la lluvia suspendió las lentas labores de la numerosa familia que cubrió lo que restaba del trasteo con la lona del tráiler y se resguardó en la casa a medio armar. Lourdes no se aguantó y bajó a pedirles que hicieran algo de espacio en su lado del parqueadero, temiendo un berrinche del piloto. Con los años había aprendido a torear el mal humor que le provocaban los viajes largos y tenía varios ases bajo la manga para cuando el piloto la obligaba a ser partícipe de sus desvelos. Él solía decirle que solo con ella lograba dormir ocho horas de un tiro, y ella se congraciaba en ese elogio como se regocijaba con todo lo que la hacía sentirse superior a la mujer oficial del papá de su hijo. Lourdes sabía que era ella, y no la responsabilidad paternal, lo que mantenía cebado al hombre; por eso funcionaba lo suyo. Nunca se había sentido incómoda en su posición de amante y valoraba

la libertad de la convivencia a ratos, pero no estaba dispuesta a ceder puntos frente a la esposa o a poner en riesgo la manutención de su pequeña familia, que le permitía dedicarse a ser una ama de casa con mucho tiempo libre y pocos afanes.

En las visitas del piloto, todo tenía que ser perfecto. Por un fin de semana, cada quince o veinte días, los tres eran una familia feliz (o la ilusión de una familia feliz), y eso le bastaba a ella, que nunca había creído en las familias felices, y le bastaba a él, que saciaba su sed de romance prohibido sin los riesgos de cultivar amoríos en cada puerto, como muchos de sus colegas.

Antes de tocar el timbre de los recién llegados, Lourdes sintió un fuerte olor a rancio que provenía de la montaña de cacharros. Varios hilillos de agua blancuzca caían por la lona y se acumulaban como un charco viscoso en el desagüe del parqueadero. Para contener la arcada, cerró a voluntad sus fosas nasales y empezó a respirar por la boca. Cuando la vieja abrió la puerta, vio a través de sus brazos flacuchentos, descargadas sus manos en la cintura como las asas maltrechas de un jarrón averiado, a un ejército de hombres y mujeres y niños y niñas sentados en el piso de la sala alrededor de dos cajas rebosantes de arroz chino y varias botellas de Coca-Cola, y no pudo evitar pensar en su propia familia y en la cantidad de veces que habían tenido que mudarse de barrio en busca de arriendos más baratos.

Con la imagen de los suyos en mente (madre soltera con cuatro hijos, ella, la mayor, de catorce añitos y de ahí para abajo hasta los siete), Lourdes no fue capaz de hacer el reclamo. En cambio, terminó por comprarles un quesito, una cuajada y tres litros de leche ordeñada para hacer panelitas (con

receta incluida). En su defensa, la visita a los recién llegados también le había servido para averiguar información importante sobre el carácter y procedencia de la familia, pues la vieja era una parlanchina. En menos de diez minutos, y sin tener que pasar del marco de la puerta, le contó que solían vivir en lo más alto del valle, tan alto que su casa limitaba con los primeros árboles del más allá de la ciudad, pero que el gobierno les había comprado la casa para construir una estación del metrocable. Aunque el hijo mayor se negaba a salir del barrio, donde todos lo llamaban por su nombre en varias cuadras a la redonda, ella y su esposo habían insistido en comprar en la nueva urbanización. “Por el solar y porque nos queda cerca del templo”, explicó, y por las faldas largas que usaban ella y el resto de mujeres y niñas de la familia, Lourdes dedujo que se refería a la iglesia evangélica que quedaba a un par de cuadras de la unidad. “Son tan humildes, pobrecitos”, le dijo al piloto cuando reclamó por los chécheres del parqueadero. Pero ahora, con el gallo, no sabía cómo excusarlos. Los vecinos de abajo se habían encargado de construir una reputación.

Poco después de su llegada, un grito agudo que venía de la habitación del niño le espantó los pensamientos. Lourdes llegó corriendo con el corazón en la mano, pero en el cuarto no había nadie. Dijo su nombre con la boca inmensa, miró debajo de la cama, abrió el armario: nada. Corrió a su habitación y ahí estaba, viendo dibujos animados en la televisión. Volvió al cuarto del niño y otra vez la escuchó, ahora con claridad, sin lugar a dudas. Se trepó en la cama, abrió la ventana batiente que daba al hueco del patio de abajo y, como pudo, se asomó. El reflejo del sol en las baldosas blancas la encegueció por unos segundos. Tras unos

cuantos parpadeos, empezó a distinguir los objetos arrumados en el fondo del patio, y entre los bultos, cajas, mesas y mesitas del trasteo, neceseres, ollas, baldes, baúles y maletas, vio a la mujer con síndrome de Down.

Vestía un ciclista negro y una camiseta curtida y sucia que alguna vez debió ser blanca, con el logo de una marca de leche estampado en la esquina donde la gente cree que está el corazón. Tenía el pelo corto y tieso, como si llevara meses sin tocar una gota de champú. Era difícil calcular su edad, pero debía tener por lo menos treinta años. Le habían amarrado el tobillo derecho a un grillete, y el grillete a una cadena, y la cadena, a la reja de una ventana. El piso ardía y la mujer amarrada intentaba huir del calor en el único cachito de sombra que reflejaba el tejado del segundo piso. Estaba erguida y empinada, con la espalda pegada a la pared, pero el equilibrio le fallaba. Berreaba cada que sus dedos tocaban la baldosa caliente.

Lourdes se aterró, pero, ¿qué podía hacer? Si llamaba a la policía, corría el riesgo de meter en problemas al piloto, que bastantes líos se había ganado años atrás por culpa de unas amistades malucas. Además, los vecinos eran muchos, estaban muy cerca, y si eran capaces de encadenar a una mujer indefensa en la ventana de un patio hirviendo



ErreMora (Morata). Pintura digital.  
[https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

(una mujer que era su hija, su hermana, su tía), quién sabe qué otras cosas les permitían sus límites morales. ¿A Bienestar Familiar? “Estúpida, pero si la mujer no es menor de edad”, pensó. Así que, para tranquilizar su conciencia, lanzó una sombrilla por la ventana y cerró el alero antes de escuchar el grito sorprendido que subió hasta el segundo piso amplificado por la acústica teatral de las cuatro paredes que compartían las dos familias.

Los días que siguieron, el patio empezó a emanar un olor entre agrio y dulzón, como a mezcla de orines

y aguapanela, y Lourdes tuvo que clausurar definitivamente la ventana del niño. También tuvo que cerrar la de la habitación principal, porque a la vieja le había dado por cocinar en el solar en un fogón de leña, y las celosías de la cocina, que recogían el vapor del mondongo, la morcilla, los tamales y todo cuanto comían sus vecinos, que era mucho y a todas horas.

Su hijo se había hecho amigo de los nietos de la vieja (a veces eran dos, a veces, tres, pero nunca los mismos) y salía a jugar con ellos al solar en las tardes después del colegio. Por el niño, Lourdes supo que la vieja se llamaba Senovia, el esposo, "Donovidio", y que estaban construyendo un corral para meter a las decenas de gallinas y pollitos que, por motivos de la mudanza, se habían quedado al cuidado de una vecina del viejo barrio. El niño también le contó que la familia tenía un perro, un caniche lagañoso de ladrado ahogado, de nombre Tuinyi, y que a la mujer amarrada en el patio le decían la Mongotía, pero que en realidad no estaba sufriendo, porque todo el día veía telenovelas y hasta comía tres veces, como todos los demás.

—El gallo llegó hace ocho días —dijo Lourdes (tenedor en la mano izquierda, botella de miel de maple de *Aunt Jemima* como las familias gringas de los domingos por la mañana) y antes de que el piloto empezara con la cantaleta, le recordó que él no había querido aflojar más plata y por eso había tenido que escoger lo mejorcito que podía pagar.

—Además, esta gente no estaba cuando compramos —agregó, y el piloto terminó aceptando que él mismo le había dado el visto bueno a la casa, aunque con la aclaración de que en ese momento la nueva urbanización apenas tenía un par de familias

y no había forma de predecir que alguien fuera a instalar un gallinero en el solar que compartían los pisos de abajo.

La verdad era que, genuinamente, al piloto le había gustado la casa, porque era moderna, iluminada y estaba rodeada de árboles, y, de todas formas, él no iba a pasar allí la mayor parte del tiempo, así que le dijo a su novia que no siguiera buscando y concretó el negocio con la inmobiliaria, tras lograr un pequeño descuento de pionero.

Con la llegada de los vecinos, Lourdes instaló cortinas veladas en todas las habitaciones para ganar privacidad sin sacrificar la luz natural, que en las tardes entraba impetuosa por el balcón de la sala y reflejaba las sombras móviles de las ramas de un búcaro. También puso ventiladores de techo y un Glade en cada cuarto. Se sentía orgullosa de su nueva casa. Con el presupuesto limitado que le dio el piloto, y en apenas un par de meses, había logrado una decoración austera, pero moderna y elegante, que se ganó la admiración de su grupo de amigos, con los que solía encontrarse a jugar apuntado los jueves por la tarde.

Hasta que, en una de esas jugarretas, su amigo el médico abrió la ventana para prender un cigarrillo y se encontró con una imagen que lo dejó sin aliento: en el solar, vestido apenas con una pantaloneta que le quedaba juagada y se tenía que acomodar a cada rato, Donovidio molía a martillazos unas tablas de estiba reciclada con las que estaba armando el corral. Del tronco desnudo le colgaba una panza planetaria, tersa y lampiña: nunca, en sus veinte años de experiencia en el hospital, ni en un embarazo de trillizos, había visto una barriga de ese tamaño. Como si fuera poco, cuando se agachó a recoger una herramienta, la mitad





ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

su hijo no era ningún bobo y que no podía seguir mintiéndole en la cara. El piloto llevaba dos meses sin pisar la casa. —A mí tampoco me deja dormir.

Hasta ahí se aguantó. Si el piloto no volvía era problema suyo, pero no iba a permitir que el gallo amenazara la salud y el rendimiento académico de su hijo: no con lo que

le costaba el colegio privado que pagaba con la ayuda del sindicato de su novio.

—¿Por qué no llamamos a la policía? A ver si de una vez alguien hace algo por esa señora que vive ahí al sol y al agua.

—No seas boba, Lourdes —le dijo el piloto con su voz chillona (medio afeminada)

escondida tras el rugido de un motor que despegababa en algún aeropuerto del mundo—. La policía no sirve para una mierda. Y los que sí sirven, son unos sapos. En un dos por tres tienes a un periodista allá en la puerta queriendo ver por el patio a la Mongotía.

Lourdes le iba a reclamar su falta de empatía por la desgraciada mujer, pero recordó que ella misma no sabría cómo llamarla porque nunca había preguntado su nombre, como tampoco se lo preguntó a la vecina el día que la conoció.

Resolvieron agotar un último recurso, que habían dejado hasta el final para evitar las incomodidades de la confrontación: tenían que quejarse directamente con los vecinos. Esperaron hasta la siguiente visita del piloto, de la que no pudo salvarse por coincidir con el cumpleaños del niño.

La vieja les abrió en pijama, una batola motosa de lo antigua, con un estampado de flores descolorido y boleros en el cuello.

—¿Quién es?! —gritó Donovideo desde la última habitación de la casa.

—¡Ovidio! ¡Son los vecinos! —respondió Doña Senovia con las manos formando un cono alrededor de la boca—. Disculpen, ¿qué se les ofrece?

—Queremos comprar el gallo—, respondió el piloto.

Lourdes y la vieja lo miraron con la misma cara de confusión. Habían acordado que el piloto se presentaría primero, y luego, con amabilidad, explicaría cuál era su profesión y los peligros que el bonito, pero poco amable canto del gallo representaba para la

seguridad aérea de los amables pasajeros de su respetada aerolínea.

—Disculpe, doctor, pero el gallo no está a la venta. Si quiere, le consigo uno para mañana.

—Es que yo quiero el suyo.

—No está a la venta —a la vieja le cambió el semblante—. Además, ¿para qué quiere usted un gallo?

Lourdes miró al piloto y con los ojos le dijo: “pero qué estás haciendo, te embobaste, vámonos de aquí”, y él, con los ojos, y un poco también con las cejas rastrojadas, como las del niño, le respondió: “untado un dedo, untada toda la mano. Ya me tienes que ayudar”.

—Es que mi hijo se enamoró de él y nos tiene locos que se lo compremos, que lo quiere tener en el patio. Hoy está cumpliendo años —mintió Lourdes.

La vieja hizo cara de que les creyó a medias, pero les dijo “vamos pues a velon” y luego los hizo pasar a la casa y atravesarla toda hasta salir al solar, cuyo acceso quedaba en la pieza donde dormían ella y su esposo de barriga planetaria, en una misma cama estrecha coronada por una lámina desteñida del *Horizontes* de Francisco Antonio Cano.

Al pisar las primeras baldosas de la casa de abajo, los propietarios de arriba cayeron en un túnel oscuro de muebles y lámparas y cajas de huevo vacías y refrigeradores y niños y niñas desescolarizados y mugre de tierra encostrada y pegoste de comida y aceite de freír y costales de alimento para el gallinero la lora el caniche y la Mongotía recostada en un cojín de espuma con forma de triángulo, viendo en la televisión el

mismo programa matutino que veía Lourdes para matar el tedio de las semanas, y así fueron avanzando detrás de la vieja, casi sin mirar, pero sin poder evitarlo, impulsados por la necesidad de salir cuanto de la madriguera nauseabunda en la que vivía un número no determinado de personas y animales y objetos.

A Donovidio lo encontraron tirado en la cama, despertando de la siesta que le hacía al desayuno.

—Nosotros somos gente humilde, gente del campo. Estamos acostumbrados a hacer de todo muy temprano —dijo la vieja, como tratando de disculpar la aparente holgazanería del marido.

Lourdes creyó haber descifrado el plan del piloto y sintió pena por Doña Senovia, que en ese momento les daba la espalda mientras abría la puerta del solar. Aprovechó para clavarle una mirada al piloto y decirle con los ojos y con un leve apretón de labios “acabá ya con esto, pues, qué pesar de esta señora”, y él volvió a decirle que untado un dedo, untada toda la mano, y no le pudo decir más porque en esas la vieja volteó y les dijo “sigan”, y ellos por fin pudieron abrir sus fosas nasales y humedecer de saliva sus bocas reseca y respirar el aire no tan puro, pero sí más agradable, del solar comunitario.

Encerrado en una prisión solitaria, separado de las gallinas por una pared de estibas, el gallo picoteaba el suelo, alzaba las plumas, voleaba la cresta, y cada dos o tres pasos daba un saltito acompañado por un inútil batir de alas que no lo llevaba a ninguna parte. Parecía nervioso, pero los gallos y las gallinas siempre parecen nerviosos, pensó Lourdes. Entonces, como si

quisiera mostrar sus talentos a los visitantes, el gallo llenó de aire su cuerpo ovalado, alzó la mirada al tejado de zinc y estiró tanto el cuello que creció casi al doble de su altura original. Su voz era desafinada, pero potente. Y, en conjunto, había algo de gracia en el esfuerzo inmenso que tenía que hacer el ave para cantar.

—¡Kriiiiiiiiiiiiiii kiíiiiiirikiiiiiiiiiiii!

Al piloto le hirvió la sangre.

—Cuando estábamos allá arriba era como un relojito —dijo la vieja—. Ahora, las luces de la calle lo confunden.

Lourdes y el piloto se miraron con complicidad: así que resultó ser cierta su teoría del cucú dañado. La vieja abrió la puerta de la jaula y el ave saltó al otro extremo, escurridiza.

—¿Cuánto quiere por él? —insistió.

—Deme cincuenta mil —respondió la vieja. Lo que valían en ese entonces unos doce almuerzos ejecutivos.

La transacción fue simple, ágil, chan con chan. El piloto sacó un billete de cincuenta mil de su billetera y se lo entregó a la vieja, que se levantó la falda y lo guardó en un bolsillo de sus calzones. Acto seguido, se metió de un brinco en la jaula, ágil ella, como si tuviera veinte años menos, acorraló al gallo contra una esquina y lo tomó por el pescuezo, se lo entregó al piloto y el piloto le acarició las plumas empolvadas de hollín de leña, acomodó como una hélice sus manos sedientas de silencio y empujó en direcciones contrarias hasta sentir el crujir del cuello del animal, que a él le sonó como masticar una papita frita y a Lourdes como





ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

el croar de los insectos de medianoche que solía escuchar en la finca de sus abuelos.

El gallo ni siquiera chapaleó. No se resistió, no cacareó, no tuvo posibilidad de defensa. Puede decirse incluso que no sufrió, salvo por la corta angustia que debió sentir cuando la vieja empijamada se le metió en la jaula, y por la vida miserable y confundida y sin propósito que llevó desde que lo bajaron de la montaña a la nueva urbanización. El gallo aparentemente no sufrió y su cuerpo silencioso cayó a los pies del piloto en una transacción ágil, sencilla, chan con

chan, que se repetiría cada quince o veinte días con el gallo de repuesto que la vieja les vendería cada vez más caro (muerto y deshuesado, si así lo requerían) en las nuevamente frecuentes visitas del piloto a su familia feliz de película dominguera.

**Estefanía Carvajal** es periodista de la Universidad de Antioquia y magíster en Escrituras Creativas de la Universidad de Nueva York. Ha publicado los libros *Las vanidades del mundo* y *Niebla en la yarda*. Este cuento fue publicado en el número 138 de *Universocentro*, en marzo de 2024.

# Carta a la señorita Andrée en París

Diana Patricia Díaz Hernández

*Nunca se lo había explicado antes, no crea que por deslealtad, pero naturalmente uno no va a ponerse a explicarle a la gente que de cuando en cuando vomita un conejito.*

Julio Cortázar

Respetada señorita Andrée:

bien sabe usted que en eso de leer y escribir a duras penas puedo con la firma; por eso le pedí a mi hija que escribiera lo que enseguida paso a contarle. La verdad señorita estoy muy confundida y no sé si salir corriendo y dejar todo tirado o esperarla y aguantar este tormento. Si no fuera una urgencia yo no me atrevería a molestarla.

Pocos días después de su partida, el señor escritor se vino a vivir a su departamento. Usted me conoce desde que era una niña, la he visto crecer y hacerse toda una mujercita. Sabe que yo no soy de problemas y que acato en silencio las órdenes de mis superiores, pero eso no quiere decir que sea bruta y que no me percate de las rarezas del señor. El día que trajo sus maletas yo lo estaba esperando con la puerta abierta para ayudarle a entrar las valijas, organizar su ropa en el armario que usted me pidió desocupar para que él se sintiera “como en casa”. Sin embargo, lo noté extraño, estaba tan blanco y asustado como un conejo que presiente será atrapado para el asado de la noche. Sin dar tiempo a saludos, se encerró en el baño, allí lo escuché refunfuñar por más de media hora. Esa noche pasó sin más tropiezos, le ofrecí un té caliente, le preparé la cama y me retiré a mi cuarto.

Al otro día, salió a su trabajo muy temprano. Cuando fui a organizarle el dormitorio, me encontré con la sorpresa de que estaba cerrado y no había dejado las llaves por ninguna parte. Por respeto, continué con mis labores. Sabe..., no dejé de carcomerme la idea de que el escritor no confiaba en mi honradez. ¡Imagínese señorita!, ¿cuántos años llevo trabajando para usted? Me deja todo abierto, sus aretes, collares y anillos costosísimos, que podrían alcanzar para mis gastos de varios meses, qué digo varios meses, ¡de toda una vida!, pero no se le ha perdido ni una aguja, porque lo ajeno solo para su dueño es bueno. ¡Antes muerta que ladrona! Al regreso del señor, me mordí la lengua para no preguntarle nada. Luego de servirle su cena, me encerré en mi cuarto.

Cuando se queda en el apartamento deja el dormitorio abierto para hacerle aseo, pero eso sí, el armario siempre bien cerrado y la llave por ninguna parte. Usted me va a perdonar señorita, pero, a veces, la curiosidad de las mujeres es superior a la voluntad; un día aproveché que el señor estaba encerrado en el salón y estaba a todo volumen esa música extraña que suelen escuchar en compañía, para abrir el armario con la llavecita de repuesto que usted me dejó; no se imagina mi extrañeza cuando encontré solo su ropa algo desorganizada, pero nada que pudiera ser motivo para ocultar o proteger de manos indelicadas.

Con los días, la situación está pasando a castaño oscuro. El escritor cada vez está más raro; en mi casa dicen que deje de hacerme

un drama, que ese es el comportamiento típico de los señoritos de sociedad, que seguro está aprovechando de su ausencia para hacer lo que no puede en su presencia. Pero yo no creo eso señorita, yo digo que al escritor le pasa algo, de día es cuidadoso con todo, se mueve como si anduviera sobre plumas para no desordenar, toma los libros con más cuidado del que yo lo hago cuando les voy a retirar el polvo, luego los regresa a su sitio. Le aseguro que usted no sospecharía que esos libros estuvieron fuera de sus anaqueles en su ausencia.

Pero las noches son otra cosa, los ruidos se incrementan, las lámparas permanecen prendidas, ¡yo ya no tengo noche!, los días y las noches para mí se convirtieron en una luz perpetua. Para no aburrirme moviendome en la cama sin poder dormir, me dediqué a husmear, oculta detrás de las puertas. Usted no me lo va a creer, el señor bien puestecito y tranquilo del día, durante la noche se convierte en un lobo en luna llena, camina por el salón dejándo tréboles por todas partes, mirando desorbitado para todos los rincones, limpiando en la alfombra mugre inexistente —usted sabe señorita que yo aspiro muy bien cada día—, luego se acuesta en el sofá verde, como hipnotizado por la luz de las lámparas. La rutina es casi la misma, al amanecer pareciera que está afanado en entrar una recua de animales al dormitorio y luego cierra el armario.

Señorita, en esas noches tormentosas el desorden es extremo, hasta el punto de que en una de ellas tiró al suelo la lámpara con el vientre de porcelana lleno de mariposas y caballeros raros que trajo de la China, ¡esa que usted tanto quería! Recuerdo que un día me dijo que si resultaba con un rasguño no me alcanzaría toda la vida de trabajo para cubrir la deuda, pero señorita,



ErreMora (Morata). Pintura digital.  
[https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

le aseguro que yo no fui la culpable y el escritor tampoco la tiró de forma intencional, no se imagina en la noche siguiente el cuidado con que trató de unir las partes con cemento, pero el estrago ya estaba hecho, la lámpara había perdido su belleza.

Señorita Andrée, regrese pronto. ¡Ya no sé qué hacer con el escritor! En la madrugada trató de lanzarse por el balcón que da a Suipacha; afortunadamente, yo lo estaba espionando y alcancé a halarlo de la mano. Pero él estaba furioso, decía que quería terminar en los adoquines como sus conejitos. Incrédula miré desde el balcón. Solo un transeúnte caminaba por la calle Suipacha.

¡Por favor regrese pronto señorita Andrée!

**Diana Patricia Díaz Hernández** es Médica, docente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia y escritora. Recientemente publicó el libro *El nuevo matasanos y otros relatos* con la Editorial Universidad de Antioquia.

# La venganza nuestra de cada día

Emilio Alberto Restrepo

1

Ahora que lo pienso, mi relación con la venganza ha sido estrecha, ambigua, acaso dolorosa; me he regocijado con ella y la entiendo como una forma de conectarme con los que de una u otra manera no han sido buenos conmigo o con las cosas que respeto y valoro. Porque para mí nunca fue simple asimilar las desigualdades y los atropellos y quedarme así, como tan tranquilo. No me parecía justo, desde pequeño eso me irritaba.

Y no lo niego, mis primeros héroes de infancia fueron dos sujetos del barrio que asumieron la justicia por mano propia y me enardecieron mis fantasías en pos de lograr restaurar un equilibrio, en una sociedad que se mostraba inequitativa y arbitraria: el desvalido no tenía quién lo defendiera y lo reivindicara.

El primero fue aquel señor del sector de la Villa del Aburrá que empezó a matar taxistas en retaliación a lo que consideraba una falta total de cortesía de su parte hacia los habitantes decentes de la vecindad. Después se supo que tenía un cáncer terminal y cuando se sintió desahuciado, dejó desbordar el furor que le ocasionaban los abusos y empezó a provocarlos para tener una disculpa y cargarse a los más groseros, o a los que delinquían o eran atracadores o a los que aprovechaban la indefensión de los clientes. Muchos no estaban de acuerdo con su accionar, pero reconozco que en silencio lo admiraba y en el fondo quería

ser como él. Al final, se hizo matar en la mitad de un operativo, dedicado como estaba a hacerles pagar a los conductores el precio de su mal proceder. Murió en su ley. Asumió bajo su responsabilidad la vocería del ciudadano de a pie que quería reaccionar a los atropellos y no se atrevía y de su cuenta se levantó a una docena de tipos de mala vida y peores costumbres. Muchos lo admiramos desde nuestra orilla de pusilánimes sedientos de acción, pero carentes de valor.

El otro fue el abogado de los pastelitos envenenados. Ese era malo y salvaje, pero me gustó su reacción; confieso que me produce una especie de regocijo todo lo que sea cobrarse las acciones viles de los malandros: al tipo le robaron de su carro un maletín ejecutivo que había dejado descuidado con unos papeles importantes; esto le ocasionó muchos problemas con sus clientes y con unos casos que llevaba y se le enredaron algunos negocios; entonces decidió vengarse poniendo todos los días como carnada en el auto una caja de panderos tachonados de veneno, en el mismo sitio donde le hicieron el primer robo. Le llegaron a robar hasta diez cajas de moros con cianuro. Cuentan las malas lenguas que ni novias, ni abuelas, ni madres se salvaron del cariñito, incluso hasta pequeñines cayeron por la gula. Al fin el tipo se fue para Bogotá a hacer carrera política, nadie lo relacionó con el asunto, pero muchos pagaron caro su falta de respeto por los bienes ajenos. Para mí, un paradigma, un verdadero ejemplo.



ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

## 2

Después de que quedé reducido a la silla de ruedas por el accidente, una vez recuperado solía pasar tardes enteras en el balcón de mi apartamento, que da a toda la 80 con la canalización, al frente del semáforo. Por una razón que no entiendo, la mayoría de los motociclistas no quieren parar cuando está en rojo, antes aceleran, no importa si provocan una desgracia. Y eso es algo que me emputa de veras, me saca la chispa y me daña el día. Díganme si tengo o no razón, a mí, que estoy en ese estado por un irresponsable de esos. Entonces le copié el modelo a un inspector jubilado de Belén, que en las noches se dedicaba a dispararles a los viciosos del puente de la 74 cuando cogieron la costumbre de atracar ciudadanos que volvían tarde a casa. Mató varios, pero se calentó y se tuvo

que abrir del barrio. Para mí era un teso, una especie de Charles Bronson de carne y hueso, y si por mí fuera le besaba la mano, le pedía trucos para saber cómo le hacía, pero era un man muy serio y mala clase que no daba entrada. Además, yo no tenía arma, solo un rifle de copas, pero con paciencia fui afinando puntería, me apoyaba en el muro y cuando veía que un vergajo de esos no respetaba la señal de pare, le disparaba. Al principio, no le pegaba a ninguno, pero de a poco me fui volviendo una especie de francotirador, apostado entre dos materas que me hacían pasar desapercibido por si alguien me miraba desde afuera y empecé a atinarles al cuello, o a la espalda y más de uno trastabilló en el pavimento o se estrellaban contra un poste o fueron a dar de narices contra la parte de atrás de un bus. Que yo haya sabido, ninguno se mató, pero ver esas raspaduras

me alegraba y mientras peor fuera el desbarajuste, más me emocionaba. Lástima no poderse contar a nadie y al principio no caí en cuenta de filmar para gozarme cuando alguno de esos se despellejaba en el pavimento. Claro que alguna ayudita les hacía, pues en las madrugadas le daba propina a un vigilante que era de toda mi confianza para que esparciera arena y aceite en el cruce de las dos calles, para hacer más resbaloso el piso. El pelado era como medio apolotardado, me miraba sin entender mucho la situación, al parecer no se atrevía a preguntarme nada por ver lo tullido que estaba y aceptaba los billetes sin chistar y sin preocuparse de mis motivaciones. No se enteraba de lo que yo hacía en el día, pues él solo trabajaba de noche. Luego de dar en el blanco, de inmediato yo me bajaba de mi parapeto, escondía el rifle y me hacía el que estaba balconeando como si nada, lamiéndome el bigote cuando la víctima chillaba como un marrano ante el raspón o la fractura, ganada en franca lid con todo el merecimiento.

### 3

Mi mamá se empezó a dar cuenta de que yo mantenía un rifle en el balcón y se imaginó que para nada bueno lo estaría utilizando. Metiche como ha sido siempre, me lo confiscó por las malas y no pude volver a utilizarlo, entonces me quedé sin poder cascarles con balines a los motonetos. Pero ellos seguían pasándose el semáforo sin respetar la señal de pare y yo continuaba con mi rabia intacta y hasta empeorando. Ahí fue que empecé a jugar con los hologramas y de tanto cacharrear, en un tutorial de YouTube aprendí a proyectar imágenes de realidad virtual. Es algo sencillo, se necesita un celular, una caja de disco compacto, unos acetatos, unas lámparas. Entonces fui desarrollando habilidades para reflejar representaciones espectrales con una

especie de aspecto tridimensional que, a simple vista, en una primera mirada, lograban confundir al que pasara descuidado y se los encontrara de frente. Era como ver de súbito un fantasma, que en una primera mirada no se sabía si era real o imaginado, lo cierto era que estaba ahí de primerazo, como recién salido de la nada, como caído del infierno. No eran muy perfectas las estampas; es cierto que se veían algo distorsionadas si uno las observaba con detenimiento, pero de todas formas se lograba el objetivo, que era asustar y hacer que los irresponsables perdieran el control del aparato. Y funcionó, pues por mi situación me fui volviendo paciente y recursivo y a punta de ensayar me fui perfeccionando en el arte de la proyección de figuras. Fui descubriendo que la mejor hora era al caer la noche, que las motos seguían pasando sin contención, que el susto al que se enfrentaban al pasar de corrido y encontrarse con una aparición repentina de la imagen de una viejita o de una vaca surgida de la nada, sobre un suelo resbaloso era impresionante e inmanejable. Si no los tumbaba el susto del encontronazo, lo hacía el desequilibrio de soltar sus manos al saber que tenían que evitar el choque y de pronto matar a alguien o, mejor aún, cuando por esquivar pasaban al otro lado y se encontraban de frente con el peralte o con otro motociclista igual de raudos que ellos. No lo niego, fueron días felices, aunque reconozco que hubo varios que creo que se quebraron la cocorota y pasaron a mejor vida. No creo que nadie los extrañe mucho, pero mi mamá se estaba poniendo como escamosa conmigo, preguntaba que qué era tanto lo que hacía, horas enteras en el balcón, y empezó a presionarme para que me regulara por horarios, gracias a la sugerencia del doctor Pérez, que por aquel entonces era el psicólogo que me estaba dando apoyo. Hay que ser consciente, lo bueno es efímero, pero reconozco que aquel pasatiempo fue muy

entretenido mientras duró. Y se hizo labor en lo que se pudo.

#### 4

Pero lo mejor fue cuando aprendí a fabricar bombas caseras con carcacas de celular y empecé a dejar que me las robaran, me sentaba en mi silla a tomar el sol mientras me hacía el que hablaba desprevenidamente por el cachivache. Obviamente, estaba fingiendo, les hacía pensar a los pillos que era un blanco fácil y dejaba que me arrebataran el móvil desde una moto que pasaba por mi lado, incluso me atracaron desde bicicletas y hasta domiciliarios a pie que corrían y me lo raponeaban. Esos miserables no se condolían de mi situación, por el contrario, se aprovechaban de ella, creyendo que habían goleado de lo botado que estaba, parapléjico y desvalido mirando al horizonte junto al semáforo. Esta ciudad está llena de malnacidos que se creen muy aviones. Peor pa' ellos. Así me sacaba el clavo de cuando por robarme el teléfono tuve el accidente y quedé como quedé. Apenas justo.

Al principio lo hacía con una de esas panelas Nokia, las viejas y gruesas de pilas de litio, a los que les había puesto explosivo plástico con clorato de potasio, azúcar y aceite vegetal, con balines calibre 4,5 mm, que estallaban al rato de accionar el botón, por un papel aluminio que ponía en contacto los polos de la batería. Era una belleza, a los 10 minutos del robo se generaba un cortocircuito con recalentamiento que volvía mierda lo que estuviera en el radio de los 50 centímetros del aparato. Generalmente les explotaba en la mochila o en el bolsillo, lo cierto es que el daño era grave casi siempre, el boquete les quedaba para el resto de la vida o de la muerte, daba lo mismo por la gracia de Dios (en este caso de Alá, más afín al sistema utilizado y a este tipo de métodos).

Con la práctica me fui puliendo y en lugar de esas carcacas aparatosas y pesadas que no llamaban la atención de las ratas, aprendí a fabricar detonadores que se activaban a distancia con solo marcar el número del chip con un temporizador adaptado a un sistema LED. Suena enredado, pero créanme: en menos de 5 minutos las carnes de los rufianes se hacían trizas, moto incluida. Al final me gustaba verlos en átomos volando y antes de una cuadra me daba por accionar el botoncito para no perderme el espectáculo. Una fantasía. Una sofisticación, como dicen los muchachos, mera elegancia. Todavía nadie me ha relacionado con eso. Mi primo Martín me consigue los celulares y los materiales y cada vez me refino más en el arte. Mi mamá me mira con *disipeto* por la ventana y está lejos de sospechar que ando de talibán camuflado, con la ventaja de que ninguno ha vuelto para hacerme reclamos. Y andan muy alborotados. Me están jaloneando tres y cuatro por semana, a todos se atiende, no me encarto con ninguno. Es un hobby que me está gustando cada vez más. Se entretiene uno y por los laditos va fumigando. Hay que sentirse útil pa' la sociedad...

**Emilio Alberto Restrepo.** Médico, profesor y conferencista. Autor de artículos médicos y colaborador de periódicos y revistas locales y nacionales, ha publicado novelas, colecciones de cuentos, libros de pedagogía y ensayo literario. Sus más recientes libros son *Un hombre solo y mal acompañado* y *Medicina bajo sospecha* (Editorial CES). Este cuento hace parte de Gamberros S. A., Premio de la Secretaría de Cultura Ciudadana del Municipio de Medellín, 2016 (Hilo de Plata, 2016 y Fondo Editorial Unireming ton, 2023). Libros del autor: <https://emilioestrepo.blogspot.com/p/libros-de-emilio-alberto-restrepo.htm>.

# Cuarenta días y más

Sandra Castrillón

Hace más de cuatro años que ocurrieron estos hechos, en ese año que todos dieron en llamar 20-20, así, con una raya espaciosa para producir el efecto de división histórica que en verdad sobrevivimos.

No solía pasar mucho tiempo en casa, en estos cuartos que a diario me servían para dormir y vestirme. Podría contar las veces que estuve aquí a las diez de la mañana, o al medio día, o a las seis de la tarde. Esa mañana llegué a la universidad y estaba casi desierta. El vacío y el silencio de la plaza de Barrientos me ardieron en el estómago como un presagio encarnado. Las cafeterías todavía abiertas, tenían la radio a alto volumen, las noticias eran lo único que se sintonizaba. El reporte era uno solo, repetido y locuaz como un pregrabado sin fin: la ciudadanía había entrado en cuarentena por orden de las autoridades.

Fui a la secretaría de la facultad y solo estaba Adelaida, atareada en el teclado y en el teléfono.

—Profesor, no puede estar aquí, el rector dio la orden de evacuar. Nosotros nos iremos apenas reunamos lo necesario para trabajar desde casa.

—¿Es de verdad la cosa? —pregunté, riéndome, buscando la broma en la penumbra ya instalada de aquella oficina.

—Lo dijo el presidente esta mañana, es de verdad la cosa.

No había estudiantes, ni profesores, apenas el personal necesario para la limpieza. La mayoría de oficinas ya habían sido desocupadas.

Me dirigí al parqueadero. Me azotó la melancolía bajando las escaleras. Extrañé el saludo de Rafael desde su cubículo al entrar a mi oficina y a Patricia, que aprovechaba mi paso para bajar conmigo a tomar café. La hora del almuerzo venía adosada al café y al cigarrillo, a la conversación sobre el trabajo, a algún secreto que necesitáramos depurar. Antes de llegar al parqueadero fui a la biblioteca por simple regodeo, unas ganas infinitas de quedarme en la universidad y no ir a casa.

Las alas batientes de las puertas de vidrio estaban selladas, la biblioteca había clausurado también. Creo que fue la primera vez que tragué saliva de esa manera, dándome cuenta de que me tragaba el sinsabor de no sabía qué malestar. Tragué saliva asustado y muy consciente de la congoja que había empezado a trepar por mis zapatos.

Yiyi debió haberse sorprendido, no sé si las gatas se sorprendan, pero se detuvo en medio del salón, de camino a la puerta a donde la había atraído el ruido inusual de mis llaves a aquella hora. Los inmensos ojos verdes persiguieron cada movimiento indeciso que llevé a cabo en mi apartamento. ¿Qué hacer primero? Teníamos instrucciones de la jefatura para iniciar capacitaciones en clases virtuales, entrenarnos en plataformas, mirar





ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

tutoriales, había que darle continuidad a ese semestre desde la distancia de las aulas.

Pero no hice nada de eso.

Clavé la frente en la ventana. Ahora no sé cuánto tiempo, como si hubiera sido preciso reposar los pensamientos o aligerarlos: aquello fue un chapuceo mental o un desacelere que no podía controlar. Mucho tiempo allí, la frente ya sudorosa contra el vidrio, Yiyi enroscando la cola una y otra vez entre mis pies, hasta que me aparté, tomé las llaves y salí presuroso.

El supermercado tenía ese fondo de susurro que empezaba a tornarse homogéneo,

de espectro que yacía en el aire, invisible, pero invencible por pernoctar en la dermis al menor descuido.

¿Qué fue lo que compré?

Debía cocinar en casa, desayunar, pensar en tres comidas diariamente no se sabía por cuanto tiempo, abastecerme de aquellos elementos que siempre me proveía por fuera de casa como el café, los panecillos, los cigarrillos, un jugo de frutas. Nunca supe muy bien qué hacer con la existencia en espacios donde la soledad pudiera palpase de esa manera tan sincera, por lo que allí, en medio de los estantes de los pasillos del supermercado, me supe atónito, realmente angustiado

ante la idea de comprar carne cruda o jamón disecado en rodajas finas. En medio de aquellos estantes sentí miedo a una cosa tan sencilla como tomar un carrito y dirigirme a la sesión de pescados —no sabía preparar pescado— en busca de ese animal grisáceo que ponían dos veces a la semana en mi plato al frente de la universidad, pasando la calle Barranquilla. Tomé el pescado y lo puse en mi carrito. Alargado y fulgente parecía decir algo en aquel cerramiento perenne de boca, enojado sin duda por haber mordido la carnada y caído fatalmente en la trampa. Ahora estaba en mi carrito de compra, compartiría conmigo la incertidumbre de aquella instancia a la que yo nombraba como mi casa.

¿Qué más llevar? Tal vez vino, cigarrillos, agua mineral, medicamentos. Llené el carro de la compra y me dirigí a la caja donde la lógica había cambiado de cierta manera: ya no era aquella sucesión de personas, una detrás de la otra, aquello era una ruptura del entorno, un recorte a la aproximación, por lo menos dos metros de distancia entre un comprador y una compradora. Los tapabocas asfixiantes me llevaban a tararear aquello de ser carne de cañón, aquella pilastra dispar, errática, me cantaba mentalmente “Another Brick in the Wall” y otra vez el sudor y dolor de cabeza emergiendo, pulsaban mis latidos como una alarma corporal, mientras me adhería a una pared hasta donde había llegado la columna de personas.

Volví a escuchar las noticias al llegar a casa. Como una ráfaga abierta, desde un grifo colosal, el virus se había extendido y los hospitales dieron inicio a ese paroxismo del caos, por una puerta recibían vivos, por la de atrás los muertos caían a tierra baldía.

Todo empezó en China. No fue muy claro el por qué, el origen, las razones. Acaso un

mono estornudó cerca de una niña que luego lo transmitió a unos veinte niños en una guardería. O todo dio inicio cuando un chico universitario se comió una víbora en una apuesta entre amigos, para luego vomitar hasta desmayarse. Y entonces, uno de aquellos presidentes esgrimió con estridencia el silbato del encierro y me pusieron aquí, atrapado entre el cuarto y la sala de estar. Un dedo silenciador del mundo tras cuyo gesto habíamos entrado a las habitaciones en penumbra, por una larga estancia.

Iniciaron aquellas jornadas de silencio, la televisión encendida pasada la media noche, café o vino que espantaban el sueño por igual. En derredor de la introspección armaba rompecabezas con los movimientos de mis vecinos a los que apenas había visto en mi vida, pero ahora, acongojados y atónitos, buscaban algo con desespero más allá del marco de sus ventanas. Nos empeñábamos todos en mirar a través de los vidrios, en rastrearnos, en ganarnos un pedazo de visión de cielo en esa obsesiva mirada al exterior desde las cajas de cemento que eran nuestros apartamentos. Despertaba antes del amanecer y aguzaba el oído en busca del croar o gruñir del bicho que engullía terrenos vitales del mundo. ¿Qué era lo diferente de aquellos sonidos? ¿Qué había cambiado en el universo para que pudiera palpase esa inmovilidad a la que estábamos reducidos?

El café en la mano, la taza asida a mi dedo por su asa, Yiyi olfateaba la nueva cotidianidad, se arrebujaba en mis pantalones de pijama cada vez que pasaba cerca de mí. Unos huevos revueltos que empezaban a mejorar día tras día, el pan de bolsa haciéndole nostalgia a la panadería universitaria. Un día, a primera hora, aparecieron las clases a través de la pantalla en el rectángulo del computador y no se fueron nunca

jamás. El escritorio recobrando el huésped, la impresora fuera de su caja, los lápices ordenados al costado del computador y la ventana abierta para mirar de vez en cuando al hombre de enfrente que se ejercitaba vertiginosamente en la terraza.

Llamé a Luna dos o tres veces, un intento de citarnos y quedar para almorzar y luego, como siempre, la aparición de los besos y las caricias. Nos era tan fácil llamar a la pasión. Con Luna bastaba decirlo y nos necesitábamos de inmediato, el sexo era físico y primitivo, básico y turgente, como el vaso que se apura en medio de la sed copiosa. No había un más allá, no queríamos del más acá, el cuerpo era la necesidad perenne que nos juntaba. Ella regresaba junto a su marido, en una ilógica unión donde, por supuesto, no había sexo con pasión y yo restablecía el equilibrio de mi soledad elegida y disfrutada. Así que llamé a Luna, pero todos, incluido yo, teníamos miedo de morir. Forjamos cualquier excusa para claudicar el encuentro.

Veíamos la televisión, leíamos el periódico y allí estaba el bicho que parecía pasarse por debajo de las puertas. Entonces hablaban de un tapete para desinfectarse los pies cuando se regresaba del supermercado, que era el único lugar al que se podía ir, vestido como un astronauta, con buzos que cubrieran la piel, doble pantalón, protección para la cabeza y doble tapabocas que daba mayor sensación de asfixia, de calor que subía la presión corporal y lo llevaba a uno a pensar: "moriré en medio de la calle y me pondrán en una carreta rumbo a un tiradero adonde van los que enferman de Covid". Hablaban del bicho surcando el aire, incluso entrando a las casas por las ventanas abiertas, entonces mis vecinos cerraron sus ventanas y ya no pude ver las

escenas del sofá de enfrente, ni al vecino de al lado haciendo resistencia con unas pesas de gimnasio en la terraza soleada.

Cada vez, el silencio engrosaba sus bordes. Los péndulos de los relojes se escuchaban en la que ya no parecía una diáfana mañana. Por momentos, era como si hubiésemos estado esperando el turno para morir. Y una nueva ley se sumaba a las restricciones: no todos los días se podía salir a hacer la compra del mercado, *We don't need no thought control*, parecíamos querer decir, pero ¿quién podía decir algo en medio de cuatro paredes?

Éramos los dos, Yiyi y yo, en el apartamento donde parloteaban las noticias y Schubert cuando yo no daba clases. Inicié esa costumbre de relatarle a la felina el procedimiento de moler el café, de oler el grano desmenuzado y listo para ir a la prensa, la fragancia del líquido extraído del tueste, el primer trago en la mañana como un encuentro sin falta de la boca, la loza fría de la taza y el oro líquido exhumando sus entrañables orígenes. Canturreaba en aquella cocina donde ya el café tenía un lugar, ya los huevos obedecían a cierto orden, el pescado tenía su bandeja en el congelador y las verduras guardaban el equilibrio entre sus hojas verdes y aserruchadas. Cada escena fue obedeciendo voluntariamente a la costumbre: hacer la cama después de levantarme, tomar la ducha acabada la segunda clase de la mañana, con la cámara apagada hasta entonces, pero para la reunión de las diez la encendía, ya bañado, ya afeitado, ya la camisa abotonada y la tercera taza de café blandiendo el humo asimétrico.

Mis pasos aprendieron a ir de la habitación a la puerta cerrada de la calle, donde se detenían. La habitación era lo más



ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

lejano, la instancia más apartada, aunque tenía su propio balcón y el baño más grande, los ruidos de la calle amenguaban en aquel cuarto porque los exteriores daban al parque donde los altos arboles se despuntaban desde una hierba muy crecida. En aquellos cimientos demasiado frondosos no jugaban ya los niños ni se escondían los perros. Caminaba por la casa para ir de la habitación al estudio, luego a la cocina y de nuevo al baño, regresaba al salón para leer en el sofá y ver películas en las noches y luego de vuelta al cuarto, al abrazo de la cama que se ofrecía benévola a ese cansancio tan extraño que agarrota a quien no se mueve.

Amanecía más allá de la ventana, más allá del cemento donde el balcón limitaba con el vacío. Así mismo, esas luces expuestas allá afuera que creaban atmósferas en el interior, instauraban estados en mi cabeza, por lo que aparecían esos días en los que no me daba cuenta de aquella irrupción a la libertad y además de las clases me sumergía por horas en las obras completas de Borges sin que me importara el no poder salir. Allí me encontraban las seis y media de la tarde, intentando leer ya sin luz natural, cansado y hambriento. Entonces no caía en la cuenta de lo que sucedía hasta el momento en que me allegaba con el plato de la cena hasta el sofá, encendía el televisor, aparecían las noticias

y los espaguetis perdían protagonismo porque allí estaba la alarma recordándome que era prisionero de un trauma social.

Pero aquella repetición sosa y pungente —y seguramente mi perseverancia a vivir y cierta resolución de no claudicar de la que no estaba consciente hasta aquella época— me llevaron a instaurar unos regocijos muy íntimos, muletillas que permitieron proseguir esa marcha existencial a pesar de los muros y los toques de queda. La sombría cotidianidad mostró sus lados apacibles hasta el punto de que fui adosándome, proceloso al principio, austero en mis emociones, pero al final entregado a los rituales y a esa paz extenuante de la soledad. Podía meditar mientras prensaba el café y darme cuenta de la entrada de la luz por la ventana de la cocina. La alharaca de los pájaros anunciaba la ascensión del sol y me daba la impresión de asistir a cierto estado místico que solo la atención sincera procura. Comprendí las coincidencias biológicas y mentales de la aparición del hambre en mi organismo, de la sed, de la angustia, urgía según la variación de la luz en las paredes, según la persistencia de un pensamiento significativo para mí. Seguramente un preso, al contabilizar rayas en las paredes de una celda hace algo más que graficar el paso del tiempo, logra también sincronizar su organismo con su alma en un estado de meditación que la soledad depura.

Llegué a olvidar mis reuniones del club de lectura de los miércoles en la biblioteca pública, al calor del café y la conversación. Cuando nos levantábamos de la sesión era ya de noche y por lo general nos íbamos a comer a los locales de Carlos C. Recordar el placer de pedir otra ronda de cervezas, de reír al unísono con mis amigos, fraguaban mis planes de ese presente tan afectado por

la resignación. Caían aquellas edificaciones que tan delicadamente había levantado y me entristecía hasta unos linderos peligrosos donde perdía el hambre y el sueño y todo volvía a empezar otra vez: la desazón por no encontrar retorno a lo que consideraba mi vida perdida. Pero de a poco iban regresando aquellos tejidos preciosos del día a día, el valor engrandecido de esos pequeños instantes, el estremecimiento de vivir con cada pedazo de piel aquellas escenas cotidianas frente a las que abría desmesuradamente los ojos y los sentidos.

Por eso, en medio de aquel pasillo y mientras calculaba el peso de una trucha grisácea que sostenía ya sin aprehensión, sobrevino en mí la consternación al enterarme de la laxitud de las normas y el aflojamiento de los límites. Algunos aplaudieron. Yo elegí la coliflor, luego compré leche y yogurt y me dirigí a casa. En las calles, la gente se agolpaba en los semáforos como zombis, hambrientos de oxígeno y compañía.

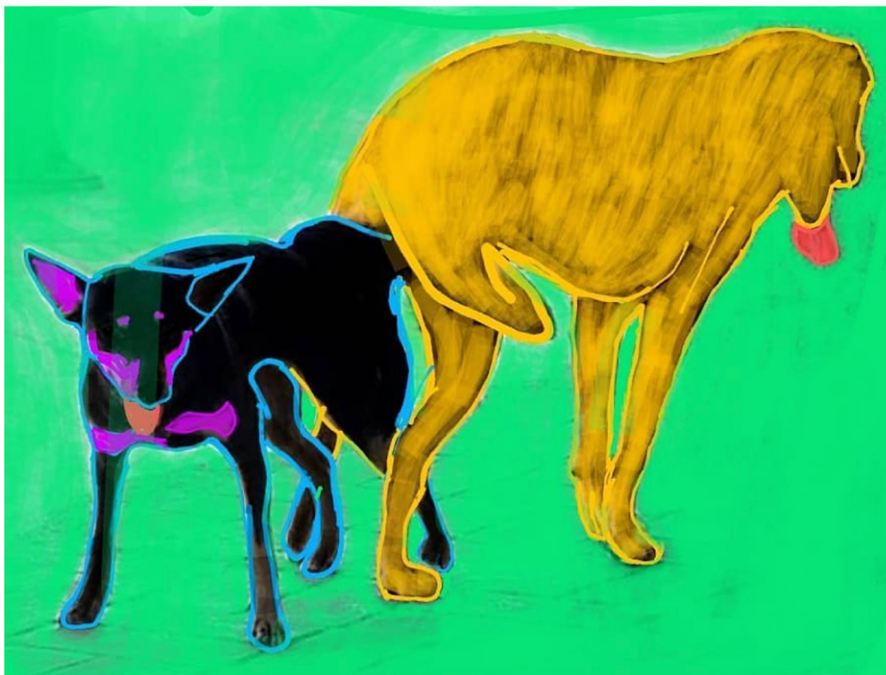
Fui directo al apartamento y al entrar cerré con llave. Acaricé mis tres tomos de Proust y su tiempo perdido. Me dije que era el instante de leer a Foucault, de una buena vez, y descongelé el pollo, mientras planeaba una película.

Ya no tenía ganas de volver a salir de nuevo.

**Sandra Castrillón.** Doctora en Educación, magister en Investigación Psicoanalítica y Psicóloga de la Universidad de Antioquia. Profesora titular de la Facultad de Medicina de la misma universidad. Libros de cuentos publicados: *Odios* (Cámara de Comercio de Medellín, 2005) y reeditado por la Editorial Universidad de Antioquia, 2007; *Ellos* (Fondo Editorial Universidad Eafit, 2016), *Improntas* (Editorial Universidad de Antioquia, 2021) y la novela *La travesía azul* (Sílabo Editores, 2023).

# La tía desobediente

Consuelo Posada



ErreMora (Morata). Pintura digital. [https://www.instagram.com/morata\\_studioart/](https://www.instagram.com/morata_studioart/)

Todos la llamábamos la tía Sofía, aunque realmente era la tía de mi madre y hermana de mi abuelo. Yo era un niño cuando la encontré en la casa de los abuelos en una de las vacaciones de fin de año y sentía la misma curiosidad de toda la familia por escuchar las historias que se contaban sobre ella.

Sabíamos que, en medio del escándalo familiar, había abandonado a su marido elegante y adinerado por un japonés con poca plata y con muchos menos años que ella. Ahora, ya vieja, había vuelto al país pero no podía buscar a sus hermanas que no le perdonaban la ofensa al buen nombre que su apellido tenía en la ciudad.

Pero en la casa de mis abuelos no importaban mucho las reglas y la figura de la tía desobediente despertaba una simpatía general, y mi madre y sus hermanas buscaban los momentos en que parecía estar lúcida, para escuchar sus aventuras y los recuentos de viajes a países lejanos. Todos le mostraban su aprecio, menos yo, que siempre tuve miedo de su cara perdida en los corredores, preguntando por algo que alguien había sacado de su cuarto. Casi siempre era su carterita azul de perlas o un álbum de fotos o una pequeña monedera con monedas extranjeras. Las cosas perdidas volvían un rato después, cuando ya la tía Sofía no parecía recordar que las había extraviado. Algunas veces, yo miraba con tristeza la

carterita que, según mi madre era de perlas verdaderas y era un recuerdo de sus años felices con el señor Yuso.

Siempre me negaba a ir a su cuarto para llevarle algo de beber o para saber si estaba bien porque temía encontrarla dormida, con los ojos abiertos, como los muertos que salían en las películas. Seguí teniendo miedo aunque me explicaran que no podía cerrar los ojos completamente por el efecto de las cirugías plásticas. Tenía fama de miedoso y si confesaba la verdad, no me dejarían ver las películas de terror de la media noche, los fines de semana.

Pero cada tarde, antes de la comida en familia, mi abuela se sentaba en el patio trasero, debajo de los árboles, y frente a ella la tía Sofía se dejaba peinar dócilmente mientras cantaba pedazos de canciones, en lenguas desconocidas. En ese momento, su cara se volvía dulce y su sonrisa me hacía olvidar los miedos de siempre. Mi madre me contaba que la abuela no las había peinado de esa manera a ellas, que eran sus hijas, cuando vivían en Medellín, pero había aprendido ese ritual delicioso que se veía a través de las cercas verdes, en los patios vecinos de Barranquilla. Y cuando sus nietas empezaron a crecer, cada tarde las sentaba en la sombra de los nísperos y jugaba a hacerles trenzas y a contarles historias de duendes y figuras de su infancia.

Un día, el abuelo me llevó a la casa de la prima Lucila, que era la hija de la tía Sofía. Vivía en un barrio muy al norte, con un jardín grande y florecido y con una cancha de baloncesto. La prima Lucila no pudo recibirnos personalmente, pero vino su hija mayor y una empleada nos acomodó en un saloncito y nos trajo refresco con galletas y yo jugué un rato con el primo Willy, que

tampoco era primo porque era hijo de la hija de la tía Sofía, que ya dije antes que no era de verdad mi tía. Además, el parentesco era desteñido porque acababa de conocerlos y ellos, tan altos y tan rubios, me resultaban extraños, pero al primo Willy le gustaron mis bolas de uñita, que él llamaba canicas y se entusiasmó cuando le dije que un tío me estaba enseñando a bailar el trompo y a recibirlo en la palma de la mano.

Vino a mi casa dos días después y jugamos un partido de bola de trapo con los amigos de la cuadra y nos subimos a los palos de tamarindo y le mostré mis escondites en la casa y juntos fuimos a saludar a la tía Sofía, por encargo de mi madre, pero ella no sabía quiénes éramos y nos hacía preguntas incomprensibles.

Lo llevé al cuarto del abuelo y después al pequeño laboratorio de fotografía. Le repetí lo que él me enseñaba sobre los cuadros que estaban en las paredes, mientras los clientes venían a reclamarlos. Casi todos eran de mujeres que el abuelo retocaba para que se vieran más jóvenes y después les agregaba aretes y collares y el resultado era una gran ampliación iluminada y en colores que, colgada en la pared, con marco y con vidrio, resultaba imposible de rechazar para los compradores. Sólo me guardé el secreto de las fotografías de las mujeres desnudas que él tomaba en los prostíbulos del barrio chino y que estaban en la última gaveta del escaparate.

Mi abuela estaba casi ciega, pero seguía controlando la vida de la casa y sabía el lugar exacto de cada cosa y aspiraba a saber el paradero de cada uno de sus hijos. Siempre preguntaba, la mañana siguiente, por qué mi tía Rosa había llegado después de la media noche.

La tía Liria era la mayor de las hermanas y junto a mi abuela manejaban las reglas. Aunque los permisos eran estrictos, nadie protestaba, tal vez porque dentro de la casa gozábamos de libertad casi total. Era una familia grande y las hijas menores podían llegar tarde si estaban acompañadas por alguno de los hermanos. Yo las esperaba despierto y gozaba de las conversaciones sin horarios ni censura. Eran las reuniones de todos y los que llegaban esperaban a los que faltaban y las charlas se agrandaban, con historias deliciosas que afinaron en mí el placer de escuchar los cuentos de los grandes.

Pero, en esas vacaciones, mi abuelo se enfermó de gravedad y en la casa, ahora llena de silencios, sólo se oían los reclamos de la tía Sofía buscando su carterita azul de perlas.

Todos estábamos concentrados en las visitas a la clínica y habíamos descuidado a la tía Sofía que seguía cada vez más perdida y había exagerado sus exigencias con las comidas, que nadie podía complacer. Pedía cosas exquisitas, costosas y difíciles de conseguir, según mi madre. Así que ahora quería desayunos con leche descremada, queso de cabra y yogures de marcas especiales.

Mi tía Liria nos dijo una noche que había llamado varias veces a su familia para pedirles que vinieran a recogerla porque ya no podíamos tenerla pero que la hija no contestaba los recados. Como siempre, las decisiones las tomaban entre la tía Liria y mi abuela y después de hablar un rato, nos contaron que mandarían un mensaje al radio periódico "Informando", que era, en esa época, el de mayor sintonía.

Yo trataba de imaginarme qué pasaría cuando la familia Pöppel oyera o le contarán la nota social, leída en la voz de Marcos

Pérez Caicedo, pidiéndole a la honorable Lucila de Pöppel, el favor de recoger a su señora madre, mal de salud física y mental, y quien se encontraba desde hacía varios meses en la casa de unos parientes en el sur de la ciudad. A la mañana siguiente llamaron para avisar que vendrían a las cuatro de la tarde a recoger a la tía Sofía, pero yo no podría estar presente porque mi abuela nos recomendó prudencia y era mejor que todo fuera muy discreto, para que no se congregaran los vecinos. Sólo saldrían a recibir la visita la tía Liria, mi madre y mi abuela.

Mucho antes de la hora anunciada, todo estaba dispuesto y las tres mujeres, vestidas con la ropa de ocasiones especiales, recogieron a la tía Sofía y se acomodaron en la terraza exterior. Yo había prometido que me quedaría en mi cuarto, pero después me refugié en el callejón para tratar de ver la despedida y, ante todo para saber si había venido también el primo Willy, pero cuando llegó el automóvil, sólo apareció el chofer con uniforme. Traté de descifrar imágenes, pero la estrechez de los calados me recortaba la visión y me concentré en el rostro pálido de mi abuela. Ella esperó sentada un rato largo hasta comprender que no habría visita y entonces empezó a llorar despacito mientras abrazaba a la tía Sofía, que le acariciaba con dulzura la cabeza.

Así que el último recuerdo que tengo de ese día es el de la tía Sofía que sonreía y movía las manos, en un gesto de despedida, antes de que el chofer de la familia Pöppel le abriera con cortesía la puerta del automóvil.

**Consuelo Posada** es profesora jubilada del Departamento de Literatura de la Universidad de Antioquia. Publicó el libro *Canción vallenata y tradición oral y*, en coautoría con Óscar Castro, el *Manual de teoría literaria*.



La

Universidad

te

abraz

Te esperamos entre el **3 y el 6 de diciembre** para habitar la Universidad a través del arte y la cultura, agradeciendo un año más de aprendizajes y retos.

\* Consulta la programación en [udea.edu.co](https://udea.edu.co)

### 3 de diciembre

**Farolitos bailables. Aprende a crear tus farolitos navideños con materiales reciclables**

2:00 p. m.

Zoom - Inscríbete en <https://bit.ly/4eVD7Hj>

Invita: Programa Ude@ - Vicerrectoría de Docencia

### 4 de diciembre

**Concierto. Coros angelicales: paradojas del barroco ruso**

7:00 p. m. - Entrada libre hasta completar aforo

Lugar: Paraninfo - Edificio San Ignacio. Campus Medellín

Invita: Programa Cultura Centro - Vicerrectoría de Extensión

### 5 de diciembre

**Concierto "La voz del viento". Homenaje al Poeta Carlos Castro Saavedra (1924-2024). A cien años de su nacimiento**

Teatro Universitario, Ciudad Universitaria. Campus Medellín

6:00 p.m. - Entrada libre hasta completar aforo

Invita: Programa Cultura Centro - Vicerrectoría de Extensión

**El Escaparate. Compras sostenibles en favor de la niñez en Colombia**

9:00 a. m. – 4:00 p. m.

Hall del Edificio de Extensión de la Universidad de Antioquia, primer piso. Campus Medellín

Invita: División de Interacción Social - Vicerrectoría de Extensión

**Exposición temporal. Hendiduras del deseo.**

**Proyecto ganador de los 56 Premios**

**Nacionales de Cultura Universidad de Antioquia.**

**47° Premio Salón Nacional de Artes, Modalidad**

**Exposición Colectiva**

8:00 a. m. a 5:00 p. m.

Sala sur primer piso MUUA. Ciudad Universitaria, Campus Medellín

Invita: División de Cultura y Patrimonio -

Vicerrectoría de Extensión

**Actividades en el Campus Segovia - Remedios:**

**Taller de adornos navideños. Cierre de laboratorio**

**de danza. Concierto de música parrandera con**

**"Los polandinos". Compartir de postre navideño.**

**Encendido de luces**

3:00 p. m.

Campus Segovia - Remedios

### 6 de diciembre

**Memorias en papel: taller de escritura epistolar y estampillas. Escritura de cartas y diseño de estampillas**

10:00 a. m. a 12:00 m.

Entrada principal MUUA bloque 15, Campus Medellín, Ciudad Universitaria

Invitan: Área Cultural Banco de la República,

Sucursal Medellín y División de Cultura y Patrimonio - Vicerrectoría de Extensión

**Ludoteca de Bienestar Universitario y Juegos en Gran Formato PSU**

10:00 a.m. a 2.00 p.m.

Hall Bloque 16, Campus Medellín, Ciudad Universitaria

Invita: Departamento de Deportes - Dirección de Bienestar Universitario

**Concierto de navidad. “Señores vengo del cielo”.**

**Orquesta Sinfónica Universidad de Antioquia**

Directora Artística: Silvia Restrepo R.

10:30 a. m. - Entrada libre hasta completar aforo.

Teatro Universitario, Ciudad Universitaria.

Campus Medellín

Invitan: Dirección de Bienestar Universitario,

Dirección de Comunicaciones, Facultad de Artes

y Fundación Universidad de Antioquia

**Talleres navideños para la familia**

11:00 a. m. a 2.00 p. m.

Hall Bloque 16, Campus Medellín, Ciudad

Universitaria

**Papel de regalo decorado**

Calcetín de Navidad para los Reyes Magos

Ángel navideño

Marco de fotos navideño

Invita: Departamento de Desarrollo Humano -

Dirección de Bienestar Universitario

**Presentación Grupo Experimental de Danzas,**

**Coro de profesores, Estudiantina y Carranga UdeA**

9:30 a 10:30 a. m.

Teatro Universitario, Ciudad Universitaria.

Campus Medellín

Invita: Departamento de Desarrollo Humano -

Dirección de Bienestar Universitario

**Presentación: Obra de navidad**

**“Otto y El Rey en Navidad” del Manicomio**

**de Muñecos - Teatro de títeres**

2:30 p. m.

Teatro Universitario, Ciudad Universitaria.

Campus Medellín

Invita: Departamento de Desarrollo Humano -

Dirección de Bienestar Universitario.

**La Canasta de la U, Mercado Agroecológico**

9:00 a. m. a 3:00 p. m.

12:00 m. Muestra cultural a cargo de Tejiendo Redes.

Epopeya del café. Ciudad Universitaria.

Campus Medellín

Invitan: Vicerrectoría de Extensión, Dirección

de Bienestar Universitario, Escuela de Nutrición

y Dietética, Corporación Académica Ambiental,

Grupo de investigación Aliados con el Planeta

y Tejiendo Redes

**Libros en  
Fiesta**  
*Fin de año*

DICIEMBRE  
**2 al 7**  
2024  
Librerías UdeA  
Tienda virtual

DICIEMBRE  
**3 al 6**  
2024  
Bloque 16  
Ciudad universitaria  
Campus Medellín

**30%** DESCUENTO En los libros de nuestra **Editorial**



**Editorial**  
Universidad de Antioquia





UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA



# Escudo de Oro

Universidad de Antioquia, 2024

Maestro Hugo Zapata

## Testigos

Técnica: Lutita  
Medidas: 2.32 x 1.47 x 0.19 m  
Año de creación: 2013  
Emplazamiento: 2015  
Categoría: Artística  
Ubicación: Seccional Oriente  
Municipio El Carmen de Viboral

## Oriente

Técnica: Piedra basalto y granito negro  
Medidas: Altura 1,75 x 10.00 m de  
diámetro  
Año de creación: 2012  
Emplazamiento: 2018  
Categoría: Artística  
Ubicación: Ciudad Universitaria - costado  
nororiental Estadio Universitario -  
Municipio de Medellín



Museo  
Abierto



- 1 Editorial  
Escribir para leer  
para escribir
- 3 Bajo los bosques  
plateados  
*Luis Fernando Macías  
Zuluaga*
- 9 El vuelo de la garza  
*Marcela Guiral*
- 12 Palabras sin ningún  
significado  
*Jacobo Cardona*
- 15 El gallo de Senovia  
*Estefanía Carvajal*
- 24 Carta a la señorita  
Andrée en París  
*Diana Patricia Díaz  
Hernández*
- 26 La venganza nuestra  
de cada día  
*Emilio Alberto Restrepo*
- 30 Cuarenta días y más  
*Sandra Castrillón*
- 36 La tía desobediente  
*Consuelo Posada*
- 39 Programación  
cultural

